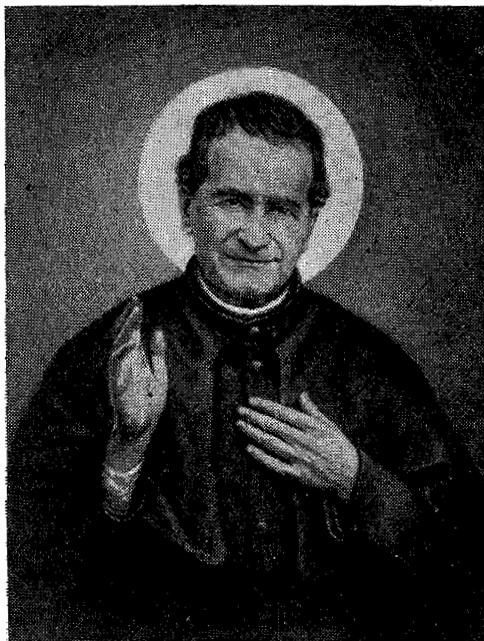


TRIDUO Y PANEGIRICO  
EN HONOR DE  
SAN JUAN BOSCO



sEi

MADRID  
SOCIEDAD EDITORA IBERICA  
Alcalá, 164 - Teléfono 53771  
1 9 4 5



## SAN JUAN BOSCO

Fundador de la Pía Sociedad Salesiana, del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.



## P R I M E R D I A

### BAJO LA LUZ DE LA FE

*Esquema.*—1. Razón de su exaltación a los altares: "Iste est qui ante Deum magnas virtutes operatus est et de omni corde suo laudavit Dominum".—2. En qué consiste la santidad: en la unión con Dios.—3. Factores de la santidad: Dios, primero y principal; el hombre, secundario.—4. Consideraciones sobre el factor divino: Dios, infinitamente generoso en la concesión de su gracia.—5. Consideraciones sobre el factor humano: el hombre, cooperador voluntario a la acción de la gracia.—6. Bajo la luz sobrenatural de su fe.—7. La fe de San Juan Bosco: a) Sometimiento siempre absoluto y confiado a las verdades reveladas. b) Fe inquebrantable en el magisterio infalible de la Iglesia. c) Valoración de las criaturas con el criterio de la fe, y, por consiguiente, vida de fe. d) ¡Abandono absoluto a la Providencia de Dios! e) Heroísmo de su fe.

*Iste est qui ante Deum magnas virtutes operatus est et de omni corde suo laudavit Dominum!*

Esta es, a mi juicio, amadísimos hermanos, la conclusión del laborioso examen que la Iglesia acaba de practicar sobre la vida y obras de don Bosco. Esta es la opinión unánime de cuantos han estudiado el expediente de su canonización y la razón evidente de su espléndida exaltación al honor de los altares. Desde hace más de medio siglo, sus obras hablaban y se imponían. ¡Y todo el mundo, puede decirse, las contemplaba con creciente admiración, conmovido ante su vitalidad fecunda y prodigiosa, atónito ante la estructura granítica de su maravillosa organización! La figura del pobre Pastorcillo de Becchi se perfilaba en ellas, tomaba luego forma completa y se animaba bajo la mirada de todos, incluso de los más profanos, dominante y fascinadora, en medio de una atmósfera llena de misterio para los incrédulos y traspasada de luz sobre-

natural para nosotros: «¡ Oh, los predestinados al amor, nacidos en la escuela de las cosas celestiales!» (*Manzoni*). ¡Y al estupor sucedía en todos el entusiasmo, que en nosotros llegaba hasta la Veneración! Veneración secreta hasta ayer, pero íntima y plena; veneración pública ahora, cuando ya la voz de la Iglesia se ha hecho oír para proclamarle oficialmente Santo. Urbano Rattazzi le había señalado en otro tiempo como «la maravilla tal vez más grande del siglo diecinueve»; Monseñor Bertagna le había conceptuado de «hombre extraordinario entre los extraordinarios»; el Angélico Pío IX le llamó «Tesoro de Italia», y Su Eminencia el Cardenal Nina, bajo la impresión de la expansión imprevista alcanzada por la Pía Sociedad Salesiana y por el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, en una conversación con León XIII hablaba así de don Bosco: «¡ No es un hombre, sino un gigante de largos brazos que ha logrado abarcar y estrechar contra sí a todo el universo!» Formulando de este modo un juicio que cada día nos parece menos hiperbólico y que lo será menos aun si la bendición de Dios continúa fecundando la Obra Salesiana en la misma proporción que hasta el presente lo ha venido haciendo. Humanamente hablando, no se podía decir más. ¡Y, sin embargo, nosotros esperábamos más todavía! Altos y valiosos son los juicios divinos. ¡De la Iglesia, que valora y juzga a los hombres y las cosas con criterios exclusivamente sobrenaturales, sin preocuparse de descubrir al hombre en su calidad de grande, sino de encontrarle en su condición de Santo! Ya en 1884, Monseñor Serenelli de Verona, que había venido al Oratorio para conocer a don Bosco, confesaba ingenuamente: «¡ Por más que me esfuerzo en buscar al hombre, sólo consigo encontrar al Santo!» ¡E igual nos sucedía a nosotros, que, con nuestros deseos y nuestras oraciones, nos afanábamos por apresurar el amanecer de este día! Pero la Iglesia, prudente e infalible en sus juicios definitivos, sólo después de haber analizado minuciosamente y ponderado cada cosa según su criterio divino, sólo después de haber sondeado toda su alma, sólo después de haber tenido la prueba evidente de que las obras de don Bosco eran de extraordinario valor a los ojos de Dios y de que él no había buscado nunca más que la gloria de Dios, ha formulado el breve y supremo juicio de ritual: «¡ Don Bosco es Santo!»

¡ Don Bosco es Santo! ¡ Ya no basta, por tanto, una tumba para guardar sus restos! ¡ Ya no basta un bloque de mármol o un pedestal de bronce para sostener su efigie, imponente y dulce al mismo tiempo, en medio de una plaza o de una escuela o de un

parque ! ¡ Ahora es necesario un altar en el templo, lleno de flores y cirios, para exaltar al Siervo de Dios, al nuevo Santo ! ¡ Y aquí, en el templo, agrupados alrededor de este altar, reunidos para venerarle, le contemplaremos y le estudiaremos nosotros, no para conocer al hombre, sino para apreciar al Santo ! Porque la Iglesia eleva a sus Santos a los altares no para suscitar una admiración estéril, sino para encender en sus hijos el anhelo de la Imitación. Y si nosotros no podemos imitar a San Juan Bosco en su actividad prodigiosa, podremos, sin embargo, imitarle un poco en sus esfuerzos constantes por lograr la santificación de su alma. Su Eminencia el Cardenal Alimonda ha definido a San Juan Bosco como la «Unión con Dios» ; y con esta expresión le ha sintetizado en toda su actividad santificante. Porque la santidad no es otra cosa que la unión del alma con Dios, elevada al máximo grado, que puede alcanzar la humana criatura. Unión que implica una entrega munífica de Dios al alma por medio de la gracia y una entrega generosa del alma a Dios por medio de las virtudes, que son los frutos de la gracia. «Dios se derrama en esta unión, y el que le recibe se esfuerza por corresponder a la divina largueza de que se le hace objeto, con virtud y con actos heroicos y sublimes.» De tal modo que «pensar en Dios, amar en Dios, respirar en Dios, vivir en Dios, estar penetrado de Dios por entero», es el estado que elige y en el cual se mantiene y perfecciona quien aspira a la propia santificación (*Monsabre*, «Dogma», Conf. XI). ¡ Y éste es el estado de vida que ha elegido don Bosco y en el cual se ha esforzado por perfeccionarse. ¡ Basta, pues, de pobres lamparillas, basta de débiles antorchas humanas, que por mucho que se multipliquen serán siempre insuficientes para iluminar al Santo con la luz que le corresponde ; y brille, en cambio, límpido y esplendoroso, el sol de la Fe, bajo cuyos rayos la figura de don Bosco se avivará con los colores que revelen el divino latir de su corazón de Santo ! Bajo el sol de la Fe descubrimos esta su perfección, que «no es una obra de la Naturaleza, sino que sobreviene y se desarrolla a impulsos de un principio superior, que, pasando a través del ser humano, le transforma y le confiere el poder de obrar en consonancia con su destino sobrenatural» (*Monsabre*, *íd.*). Sólo así lograremos comprender nosotros que la santidad de don Bosco es la santidad verdadera ; es decir, «una obra lenta y laboriosa, en la cual la naturaleza multiplica sus esfuerzos, mientras que los dones de Dios se suceden proporcionalmente» (*Monsabre*, *íd.*). En este primer sermón, le contemplaremos, por tanto, bajo la luz de la Fe, para apreciar lo siguiente :

1.º La entrega munífica de Dios.

2.º El generoso abandono de don Bosco a la Providencia.

Mañana consideraremos «la admirable progresión de su piedad filial».

Pasado mañana, «(los generosos esfuerzos de la naturaleza para agradar a Dios con la perfección)».

Y, por último, en una rápida síntesis de sus obras, analizaremos «el secreto de su gran corazón», tal como nos lo ha señalado magistralmente el Sumo Pontífice Pío XI.

\* \* \*

### *Punto primero*

*Mirabilis Deus in Sanctis suis!* (¡Admirable en sus Santos, es el Señor!) Tanto por la abundancia de dones sobrenaturales con que los enriquece, como por las delicadezas exquisitas de que los rodea y por la acción maravillosa de la Gracia con que, según sus merecimientos, los transforma y los santifica.

También en don Bosco refulgen, cada vez más esplendorosas, estas maravillas divinas, a medida que va transcurriendo su vida, tan santamente laboriosa, y se imponen a la admiración de cuantos saben penetrar las almas y descubrir en ellas los prodigios de la munificencia de Dios. Cosa que hizo el Santo Padre Pío XI, el día 20 de febrero de 1927, con ocasión de la lectura del Decreto sobre las heroicas virtudes del Santo. «Reconstruyendo su figura, después del análisis minuciosísimo y riguroso de sus virtudes», el Sumo Pontífice, arrebatado por la poderosa atracción de Aquel que brillaba ante sus ojos «como un benéfico meteoro», e incluso se agigantaba como «un coloso de grandeza benéfica», le mostró y glorificó exclamando: «Es una figura, amadísimos Hijos, que la Divina Providencia colmó de sus más preciosos dones: cerebro vigoroso, corazón cálido, energía manual e intelectual, en efectos y en obras, pensamiento luminoso, vasto, alto y nada común, sino, bien al contrario, superior en gran medida al ordinario vigor de mente e ingenio, y propio también (cosa poco dicha y poco sabida generalmente) de aquellos ingenios que se podrían llamar ingenios propiamente dichos: el ingenio de quien hubiera podido brillar como erudito, como pensador, como escritor.» ¡Dones excepcionales que hicieron del Pastorcillo de Becchi «una de aquellas almas que, por cualquier camino que hubiese emprendido, ha-

bría dejado sin duda huella indeleble de su paso : ¡ tan magníficamente pertrechado para la vida se hallaba ! »

Y, sin embargo, los dones mencionados son los menos extraordinarios de cuantos le concedió Dios. Es preciso añadir a ellos otros aun más asombrosos y esencialmente sobrenaturales : la ciencia del futuro, la comunicación de los corazones y de las conciencias, las profecías, los milagros que se produjeron más tarde, cuando la Divina Providencia los juzgó útiles a su apostolado ; mientras que los primeros—los dones del corazón y de la mente—se manifestaron en él ya desde la infancia y con caracteres bien destacados.

Realmente no es cosa tan común un muchacho de diez años que, en un prado, con juegos de manos, con habilidades de charlatanes y saltimbanquis, tiene encantados no sólo a los niños, sino también a hombres y mujeres, y que—¡ esto es lo más estupendo !—interrumpe de pronto sus juegos y malabarismos, se encarama sobre un banquillo, hace rezar a la concurrencia, explica el Catecismo y la plática del párroco, relata algún ejemplo edificante y ejerce un ascendiente tal sobre sus oyentes, que ninguno se atreve a dar señal de aburrimiento, ni mucho menos a irse.

¡ Sólo es un pequeño campesino, que apenas sabe leer y escribir, porque no ha recibido otras lecciones que las que un anciano de la aldea y el cura de Capriglio le han dado !

¡ Y, sin embargo, una tarde del año 1826, al regresar de Buttigliera d'Asti, después de haber asistido a un sermón de los Misioneros, repité casi literalmente a don Calosso, capellán de Murialdo, cuanto ha oído decir al predicador ! ¡ Y, sin embargo, unos años más tarde, en Castelnuovo, admitido con desconfianza en el curso preparatorio del gimnasio, consigue hacer, sin ayudas ni errores, los ejercicios señalados para el tercer curso ! En Chieri traduce a Cornelio, en presencia del profesor Donato ; allí sueña los temas que éste debe dictar al día siguiente a sus alumnos y los traduce anticipadamente. Y dondequiera destaca entre sus compañeros por el ascendiente maravilloso que su memoria extraordinaria, su ágil ingenio y la bondad de su corazón le valen sobre los demás : lo mismo en el colegio, que en sus reuniones con otros muchachos, que a su paso por los caseríos de la aldea, que en la famosa Sociedad de la Alegría, fundada por él en el pueblecito de Chieri. Y lo mismo en el Seminario, un poco más tarde. En las pláticas improvisadas que antes de ordenarse pronunció desde di-

ferentes púlpitos, en los círculos de estudios, en las discusiones filosóficas y teológicas, en las más humildes catequesis, los dones celestiales resplandecen en él de manera singular, lo mismo que brillaban antes, cuando en sus dispersas horas de asueto, entre el estudio y las clases, se entregaba al aprendizaje de las artes y oficios más diversos.

¡Pero, sobre todo, cuando concibe sus grandes obras: los Oratorios, las escuelas profesionales, los hospicios, los colegios, su Sociedad Salesiana, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora! ¡Y cuando las organiza con aquella genialidad tan nueva y tan suya, que causa el asombro de todo el mundo! Cuando lleva a cabo proyectos tan formidables como el de la Buena Prensa; cuando pone en práctica su sistema pedagógico preventivo, que, después de una serie triunfal de éxitos, reduce a sistema propiamente dicho. Sería preciso tener tiempo de estudiar todas y cada una de sus grandes empresas para descubrir en su concepción y en su organización aquellos dones preciosos. Sin embargo, alientan por sí mismas con una vida tan vigorosa, que ellas solas proclaman, más alto que nunca, la real prodigalidad divina; prodigalidad que se tradujo en una asistencia continua y prodigiosa desde los difíciles comienzos de aquellas obras, cuando don Bosco, que no era más que un joven sacerdote, desprovisto de todo, abandonado de todos, compadecido por muchos, burlado por algunos y obstaculizado por otros, emprendió la organización de sus Oratorios, peregrinando desde la Residencia del teólogo Guala al Hospitalillo, a San Pedro en Vincoli, a Molini di Dora, a Casa Morretta, al Campo de Filippi y, finalmente, al mísero cobijo de Pinardi.

¡Y Dios siempre a su lado, con el afecto del Padre y con la generosidad del Rey! Generoso con él primero, y luego con sus múltiples obras e instituciones.

Así surgió la ciudadela de Valdocco y la Basílica de María Auxiliadora, y las otras mil casas con sus mil iglesias que hoy amparan ese formidable conjunto de instituciones providenciales que caracterizan el organismo moral que le fué inspirado por el Señor. Delante del cual nos detenemos maravillados, mientras nos asalta la pregunta del gran Pontífice León XIII, que, hablando en cierta ocasión con don Bosco y de sus obras, tan desarrolladas ya, exclamaba: «¿Es que un hombre, con sus fuerzas naturales, puede hacer lo que está haciendo don Bosco? ¡No! Por consiguiente—concluía—, es preciso admitir que alguna fuerza extranatural

le asiste, y esa fuerza no puede proceder más que de Dios o del espíritu de las tinieblas.» Pero, *ex fructibus eorum cognoscetis eos*.

Mirad, pues, las obras de don Bosco y os persuadiréis de que a su lado está el Señor.

¡En efecto, a su lado estuvo siempre el Señor, proporcionándole los medios para ejercer su actividad multiforme! No existe casi ninguna rama del Apostolado en la que don Bosco no se haya distinguido. En la sagrada cátedra, con la eficacia de su palabra—¡cuántas conversiones se deben a don Bosco, predicando «non in sublimitate sermonis, sed in ostensione spiritus»!—; en la cura de almas, con su propia caridad y prudencia, y—¡cuántas veces!—con dones especiales de Dios: ¡con milagros!; en la educación de la juventud, con su citado Sistema Preventivo; en la cultura clásica y profesional, con espléndidas genialidades; en la formación del joven clero, con un espíritu de actualidad providencial; en las cuestiones sociales y políticas, con su finísimo tacto; en la organización de todas sus instituciones, con portentoso genio intuitivo y sentido práctico extraordinario.

El Señor le había dotado con todas esas gracias. Y para que pudiera hacer de ellas digno uso, le hizo formarse en la escuela de la Maestra Divina, María Santísima, desde el primer instante en que le señaló ostensiblemente la sublime misión de su vida.

Apenas había cumplido los nueve años, cuando, en cierta ocasión, soñó que se encontraba en medio de un grupo de golfillos que se peleaban entre sí y blasfemaban. Aquellas bárbaras ofensas al Señor, oídas de labios tan tiernos, le habían calentado la sangre; y lanzándose entre los arrapiezos, intentó acabar, a puñetazos y puntapiés, con la vergonzosa escena. En esto se le presentó un Hombre de nobilísimo aspecto, de rostro resplandeciente y blancas vestiduras, que le amonestó, diciendo: «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad, deberás atraer a esos muchachos y hacerlos tus amigos. Empieza, pues, a instruirles inmediatamente sobre la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.»

Confuso y atemorizado, el pequeño Juan trató de excusarse, confesándose un pobre ignorante; pero el Personaje misterioso le confortó con estas palabras: «Yo te daré una Maestra con cuyas enseñanzas puedes llegar a sabio, y sin las cuales toda sabiduría se convierte en ignorancia.» «Pero, ¿quién sois vos, que habláis

de esa manera?»—repuso el pequeñuelo—. «Yo soy el Hijo de Aquel a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.» «Mi madre me dice que no me junte con aquellos que no conozco, sin contar con su permiso—volvió a replicar el niño—; decidme; por tanto, vuestro nombre.»

«Mi nombre, pregúntaselo a mi Madre»—concluyó el Personaje—. Y aun no había terminado de hablar, cuando una majestuosa Señora, cubierta con un manto refulgente, apareció a su lado y le dijo, señalándole algo con la mano: «¡Mira!» El pequeño Juan miró. La escena se había cambiado por completo: los golfillos habían huído, y en su lugar se veía una multitud de cabritillas, de perros, de gatos, de osos y de otros varios animales. «He ahí tu campo; he ahí dónde debes trabajar—continuó diciendo la Señora—. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que en este momento ves que sucede con estos animales, deberás hacerlo tú con mis hijos.» ¡Y a un gesto de la Señora, todos aquellos animales se transformaron en mansos corderos! Pero Juan no logró comprender lo que se le pedía y estalló en sollozos. Entonces la Señora, poniéndole una mano sobre la cabeza, exclamó: «¡Lo comprenderás todo a su debido tiempo!» Y dicho esto, desapareció. Desapareció en el sueño, pero continuó a su lado para siempre, sin embargo, sirviéndole de guía, de maestra y de madre. A su lado la encontramos en todos los trances decisivos de su vida, mostrándose por medio de nuevas revelaciones; en sus casas la vemos, siempre Reina y Madre, suministrando el pan a una multitud de bocas hambrientas y hasta reuniendo el dinero necesario para convertir en realidad las grandes obras inspiradas por el Altísimo. De tal modo, que si del Templo de María Auxiliadora se puede decir que cada piedra es un milagro, podemos concluir igualmente, con el Santo Padre Pío XI, que cada obra de don Bosco representa también un milagro: *Quot opera tot miracula!*

## *Punto segundo*

Pero si el Señor ha sido tan pródigo con don Bosco, se debe a que el Santo le correspondió con un abandono íntegro y generoso de su ser. Dios lo hace todo con sabiduría infinita y en la gran obra de la santidad «sus dones—según hemos dicho con Monsabré, o sea, con Santo Tomás—se suceden proporcionalmente, a medida que la naturaleza multiplica sus esfuerzos». ¿Quién puede formarse ahora una idea precisa de los esfuerzos que don Bosco habrá multiplicado para alcanzar la perfección deseada por el Señor? Si el Señor favorece con cierta medida las almas de sus Santos, ¿a qué grado de santidad habría llegado don Bosco para que Dios le favoreciera con tan regia largueza? Sólo esta consideración sería suficiente para establecer la proporción de su verdadera santidad; y acaso también para hacernos perder la esperanza de comprenderla plenamente. No obstante, si no con un detenido estudio, aludiremos a ella con breves palabras, al menos recordando una vez más que la generosa entrega de Dios se corresponde en proporción directa al abandono del Santo.

¡Y San Juan Bosco se ha dado por entero a Dios, se ha entregado completamente a El, ejercitando así, en grado heroico, la virtud primera y fundamental, que es la fe! ¡La Fe, que El recibió en germen, como todos, en el Santo Bautismo, y que fué luego acrecentando incesantemente en su corazón! Siendo niño, tuvo la fortuna de criarse al lado de una madre cristiana, que le acostumbró a ver a Dios en todas las cosas, en todos los hechos, con una sabiduría y un carácter que sorprenden realmente en una pobre campesina; y máxime, teniendo en cuenta que no había frecuentado otra escuela que la iglesia, donde recibía, desde el púlpito, las verdades eternas que con tanto amor custodiaba. La verde campiña, un amanecer risueño, la dulzura de un ocaso, despertaban en su corazón una natural poesía que comunicaba inmediatamente a sus hijos: «¡Qué bueno es el Señor!... ¡Cuántas cosas bellas ha creado!... ¡Cuánto nos ama!» Un temporal, una granizada, la pérdida de una cosecha, le arrancaban siempre observaciones llenas de fe: «¡Qué poderoso es el Señor!... ¡Guardémonos de ofenderle, de cometer pecados!... ¡Esta vez no hemos merecido las bendiciones de Dios!» Y así otras muchas del mismo género, que educaban a sus hijos en el amor de Dios y les acostumbraban a meditar sobre su Divina Providencia.

En medio de un ambiente tan cristiano, nuestro pequeño Juan se habituó a descubrir los designios de la Providencia en las vicisitudes de la vida, persuadido del amoroso interés con que Dios se cuida de nosotros.

¡Y así se explica que hubiera creído al instante en su primer sueño! A pesar de que su abuela le había dicho que no se debe hacer caso de los sueños, al niño no le pareció extraño, y mucho menos imposible, que Dios pudiera servirse de un sueño para llamar a sus hijos. ¡Cuántas veces, en efecto, la Sagrada Escritura y la Historia de la Iglesia nos han revelado el paso de Dios por la tenuidad de los sueños, creando nuevos soles para el infinito», como ha dicho maravillosamente, hablando de San Juan Bosco. Su Eminencia el Cardenal Maffi! Pero lo más admirable en aquel pequeñuelo de nueve años, es que creyó con sencillez y sin impacencias: preocupándose menos de llegar a ser lo que el sueño le había prometido, que de adquirir las virtudes que en él le habían sido inculcadas: la humildad, la fortaleza, la robustez y la obediencia, como veremos de nuevo más adelante. Cualquiera otro iluso se hubiera exaltado, ciertamente, afanándose por verlo todo realizado al instante. ¡El lo dejó, en cambio, en manos de la Providencia! Y tan confiado en Dios, que cuando el 1830 le falló de repente su única esperanza, que era don Calosso, cura de Murialdo, renunció incluso al dinero que éste le había dejado para continuar sus estudios, y entregó las llaves del arca a los parientes del sacerdote, diciendo: «Haceos cargo de todo. ¡Yo prefiero el Paraíso que todas las riquezas del mundo!»

¡Cuánta fe en un muchacho de quince años, que, a través de mil dificultades, ha conseguido a duras penas llegar a una especie de cuarto curso elemental en aquellos tiempos, y que tiene en su mano el único recurso material que puede ayudarle a persistir en su noble vocación! ¡Cuánta fe no necesitaría para renunciar a aquella última esperanza y abandonarse, pobre y solo, en brazos de la Providencia! ¡Quien no hubiera tenido fe, se habría aferrado a aquellos cuatro cuartos como una lapa a un peñasco! ¡El, en cambio, se confió una vez más al Señor!

Y tan por entero, que al año siguiente, durante las vacaciones, después de haber tenido otro sueño misterioso, se presentó en la viña de un señor llamado Turco, frotándose las manos de puro gozo y gritando: «¡Buenas noticias, buenas noticias! Esta noche he tenido un sueño y en él he visto que continuaré mis estudios, que me haré sacerdote y que estaré al frente de muchos jovenci-

tos, cuya educación me ocupará durante el resto de mis días.» Sorprendido, el señor Turco observó: «Pero eso no es más que un sueño, ¡y del dicho al hecho hay un buen trecho, amiguito!» «¡Oh, lo demás no es nada!»—concluyó el muchacho, y se puso a guardar la viña, radiante de alegría.

¡Lo demás era todo, amadísimos hermanos, y él no lo consideraba nada! Y no tenía siquiera el dinero suficiente para comprarse los libros. ¡Y para continuar sus estudios en Chieri, tuvo que ir pidiendo limosna de caserío en caserío, hasta reunir la cantidad necesaria para proveer al menos a sus primeros gastos!

Un abandono tan absoluto en manos de la Divina Providencia, es indicio de una fe verdadera, viva, profunda. Fe que en nuestro Santo significó siempre un total sometimiento a las verdades reveladas y fué, por tanto, plena y confiada hasta el máximo; y que lo hubiera sido igual, aun cuando los estudios hubiesen llegado a producir en él alguna de esas crisis lacrimosas que con tanta frecuencia presenciamos en la juventud orgullosa y presuntuosa. Crisis que si en él se produjeron, sólo sirvieron para afianzarle aún más en su fe, haciéndosela más razonable, más luminosa, más divina. De tal modo, que nunca encontró la menor dificultad para creer en las verdades y los misterios de la Religión Católica: *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt!*: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Y es que don Bosco tuvo una penetración tan límpida de lo sobrenatural, que llegó a ser después uno de los propugnadores más eficaces y persuasivos del dogma y un habilísimo catequista de la juventud. Todo ello, gracias al candor de su alma purísima.

El Señor se sirvió más tarde de esta su gran fe para hacer de él uno de los más aguerridos propugnadores de la infalibilidad Pontificia, de la cual don Bosco no había nunca dudado. De niño, estaba pendiente de los labios del párroco como de los labios de Nuestro Señor Jesucristo; siendo un jovencito, comprendió la especial asistencia del Señor a su Iglesia; los estudios le afirmaron en sus creencias cada vez más y mejor, y le concedieron la gozosa paz que comunica a las almas la posesión serena de las verdades enseñadas por la Iglesia, bajo cuyo magisterio creció siempre como hijo devoto y dócil, sin el menor esfuerzo, satisfechísimo, convencido, y elevó su espíritu hacia aquella luz sobrenatural que poco a poco le fué revelando todas las cosas de la tierra en su verdadero

valor, y que le hizo sabio en servirse de las criaturas para ascender cada vez más hacia el Creador: «Las criaturas son escala que conduce hasta el Hacedor para quien mucho las ama.» (*Dante*); y don Bosco supo amarlas y supo valerse de ellas a mayor gloria de Dios y para bien de las almas, porque vivía habitualmente de aquella sencilla fe—y no por sencilla ciega, sino infusa, y luego censervada y acrecentada por la razón—que siempre se nutrió en las fuentes inagotables de la Iglesia Católica.

¡Y que se convirtió en principio vital cada vez más evidente, a medida que Juan Bosco se fué aproximando al sacerdocio! Porque una vez sacerdote, ya no vivió más que de fe. Y nosotros, mejor que admirarle en los catecismos, en los Oratorios, en las escuelas y en el púlpito, enseñando las verdades divinas; mejor aún que leer los opúsculos y demás publicaciones que escribió, para ilustrarlas y defenderlas; mejor que detenernos a considerar el papel que desempeñó en la definición de la verdad—ya admitida de la infalibilidad Pontificia—, preferimos contemplarle aún en su íntegro y filial abandonarse en Dios, que es la prueba palpable y cotidiana del heroísmo de su fe. ¡Porque su fe, amadísimos hermanos, alcanzó bien pronto los límites del heroísmo!

La ordenación sacerdotal le había enriquecido solamente con gracias divinas. Por lo demás, era todavía el pobre hijo de la pobre Margarita. El amor filial hacia la madre pobre le hubiera llevado, como es natural, a tratar de situarse en condiciones de poder ayudarla. Pero aquella madre santa, precisamente el día en que él celebraba su primera Misa, le había dado una estupenda lección de fe y de despego de las cosas terrenas. Una vez que le vió de nuevo a su lado, después de las solemnes funciones—era el día de Corpus del año 1841—, le dirigió estas memorables palabras que revelan toda su alma cristiana: «Ahora, Juan mío, eres sacerdote, dices Misa; de aquí en adelante estarás, por tanto, más cerca de Jesucristo. Recuerda, sin embargo, que empezar a decir Misa significa empezar a sufrir. De momento no te darás cuenta, pero poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, tanto si vivo aún como si he muerto, y eso me basta. Tú, de ahora en adelante, piensa solamente en la salud de las almas y no te preocupes lo más mínimo por mí.» Estas palabras calmaron todas las preocupaciones de su piedad filial y le decidieron a declinar las diversas ofertas que le fueron hechas.

En cambio, se trasladó a Turín, con el fin de ampliar sus estudios en la residencia del Teólogo Guala. Y tampoco allí le faltaron tentadoras proposiciones para colocarse ventajosamente. Pero él sólo se ocupaba en escudriñar el Cielo, en buscar la voluntad divina. Y cuando ésta se le hubo manifestado una vez más, héle aquí de nuevo sin dinero, sin recursos, sin la menor esperanza humana, sin un palmo de tierra tan siquiera donde apoyar el pie; héle aquí seguido de una turba de arrapiezos, mendigando un rincón en el patio de la Residencia, luego dos habitaciones en el Hospitalillo de la Marquesa de Barolo, después la diminuta iglesia de Mulini di Dora, más tarde la Casa Moretta... ¿Y luego?... Luego, expulsado de todas partes con aquellos centenares de muchachos que armaban un griterío endiablado, vigilado y amenazado por las autoridades, a quienes llegaban continuas quejas de los alborotos de aquellos pilluelos...; hétele, por fin, en un prado, pobre, solo, abandonado, perseguido... ¡Pero no desalentado! Al Marqués de Cavour, que le llama para disuadirle de aquella empresa que semejaba absurda, le expone tranquilamente sus argumentos y concluye: «Permítame añadir que si yo accediese a la clausura del Oratorio, tendría miedo que la maldición de Dios cayera sobre mí y también sobre usted.» Y habiéndole preguntado el mismo personaje en otra ocasión: «Pero ¿de dónde saca el dinero necesario para hacer frente a tantos gastos?» «Confío únicamente—respondió el Santo—en la Divina Providencia.»

Y confiaba tanto, en verdad, que aun en medio de aquel prado adonde al fin había ido a parar con su tropel de chicuelos, hablaba de Oratorio, de colegios, de iglesias, como si ya lo tuviera todo allí delante. Este optimismo suyo provocaba, en cambio, la compasión de sus amigos, quienes, creyéndole loco, intentaron incluso... ¡recluirle en un manicomio!... Pero al manicomio acabó por mandarles él, y se quedó luego esperando a que sonaran, una por una, las horas señaladas por la Providencia, confiado en estas palabras del Señor: «En verdad, en verdad os digo que si tuviérais fe tan grande como un granito de mostaza, diríais a ese árbol: arráncate de raíz y trasplántate en el mar, y os obedecería.» (S. *Luc.*, *XVII* 6). Y no menos seguro de la certeza de estas otras: «En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí, ése hará las obras que yo hago, y las hará todavía mayores» (S. *Juan*, *XIV*, 12).

Animado por esta fe, en la Pascua de 1846 estableció el Oratorio bajo un miserable tendejón, llamado el cobertizo de Pi-

nardi. Y esta misma fe le sostuvo poco después, cuando, al verse acometido por una repentina enfermedad, que le situó de pronto al borde del sepulcro, exhortado por sus amigos para que también él rezase por su propia curación (ya que todos imploraban esta gracia, y especialmente aquellos pobres niños que le consideraban como un padre), exclamó con ejemplar conformidad: «¡Demos que el Señor haga su voluntad!» Hasta que, finalmente, para acabar con la insistencia del buen Teólogo Borel, añadió: «¡Sí, Dios mío, haz que sane, si así lo estimáis conveniente. No rehuyo el sacrificio; si aun puedo ser útil a las almas, devolvedme, oh Señor, por intercesión de Vuestra Madre Santísima, aquel mínimo de salud corporal que no sea incompatible con la salud de mi alma!»

Curado milagrosamente, reorganiza su Oratorio: escuelas nocturnas y dominicales, Catecismos, Reuniones, Funciones conmovedoras, amenizadas por los más variados e inocentes atractivos. No se descorazona cuando, al año siguiente, los primeros muchachos recogidos en su hospicio se le escapan de noche, robándole las mantas y las sábanas; tampoco se desanima cuando las «Cocche» de Valdocco—banda de delincuentes peligrosos—amenazan al Oratorio; ni cuando los Valdenses le buscan para darle muerte; ni cuando no se le comprende; ni cuando se le persiguen. El continúa siempre adelante, mendigando céntimo por céntimo, hasta que compra toda la Casa de Pinardi, y en 1852 erige la Iglesia de San Francisco de Sales y construye a su lado un nuevo edificio.

Pero unas lluvias torrenciales se lo destruyen todo en una noche: ¡la nueva casa yace por tierra, desmoronada! Don Bosco no pierde su fe; antes bien, da alientos a sus muchachos, diciéndoles: «¡El demonio nos la ha jugado, pero le pesará! ¡Vámonos a implorar la ayuda de la Santísima Virgen!»

Y todo surge de nuevo, y se amplía, y se inauguran las escuelas de artes y oficios, y empieza también a funcionar el gimnasio. Y sus colaboradores comienzan, asimismo, a crecer a su alrededor, brotando de entre sus mismos hijos.

En el año 1864, sin otro capital que cuarenta céntimos en el bolsillo, pone la primera piedra del templo de María Auxiliadora. ¡Y en 1868 está ya terminado y su consagración se celebra el día nueve de junio! ¡E inaugura nuevos Oratorios, nuevos hospicios, nuevos colegios, y construye nuevos templos! ¿Y los

sacerdotes, los maestros, los profesores de arte? ¡Aquí están!  
¡Surgen como por encanto!

Pero en la Pía Sociedad Salesiana aun palpita mayor fe: ¡y aparecen de pronto las Hijas de María Auxiliadora! ¡También las muchachas cuentan ya con su institución! ¡Y en todo este formidable conjunto de organizaciones no falta nunca nada de lo necesario: desde el pan de cada día a los libros de estudio! ¡Después, en el año 1875, con una audacia que entonces pareció temeraria, surgieron las Misiones de América!

A partir de este momento, la mirada se pierde ya entre obras prodigiosas. ¡Don Bosco parece realmente el gigante de largos brazos que consigue estrechar contra sí a todo el Universo! Y siempre pobre, siempre mendigando, siempre construyendo sin el menor recurso y contrayendo una deuda para pagar otra, continúa su marcha veloz, siempre adelante, como una verdadera locomotora.

Le bastaba con saber que todo aquello era voluntad de Dios, para abandonarse a El dulcemente, animosamente, tranquilamente. Sí, siempre tranquilamente: ¡incluso cuando llegaba la hora de comer y no había ni un trozo de pan para saciar a quinientas bocas, o cuando vencía una letra y no poseía ni un céntimo, o cuando llegaba el día de pagar a los obreros y la caja estaba vacía!

Fué la maravilla de cuantos le han conocido: ¡siempre sereno e imperturbable, de cara a las situaciones más críticas, a las dificultades más graves, a las pruebas más dolorosas! ¡Y hasta alegre y sonriente, y tanto más sonriente cuanto más serios eran sus problemas! De tal modo, que sus íntimos, cuando le veían aún más contento que de costumbre, se decían unos a otros: «Don Bosco tiene hoy algún disgusto grande.» Y no se equivocaban nunca.

¿Dónde estaba el secreto de tan asombrosa actitud? ¡Únicamente en su gran fe! La cual, en el momento en que los hombres le fallaban, le aseguraba la intervención de Dios, cada vez más generosa y sorprendente.

¡De aquel Dios a quien se había entregado definitivamente y por entero, esperando de El la comida lo mismo que las aves, y el vestido, como los lirios del campo! ¡Persuadido de que aquella promesa divina: *Quaerite primum regnum Dei et justiam ejus et haec omnia adiicientur vobis*. «Buscad primero el reino de

Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura») no podía fallar jamás!

Acostumbraba decir a todo el mundo: «Don Bosco no es más que un insignificante instrumento en las manos de Dios. ¡Dios es el artífice! ¡Por tanto, corresponde al artífice y no al instrumento proveer los medios!» ¡Y el artífice proveyó, en efecto, espléndidamente, muníficamente! ¡Y ahí está para atestiguaros la prometida munificencia de Dios y la fe de San Juan Bosco, esa obra gigantesca que aún vive de su espíritu y de su vida!

*Quaerite primum regnum Dei... et haec omnia adiicientur vobis!*



---

## SEGUNDO DIA

### EL FERVOR DE SU PIEDAD

*Esquema.*—1. Definición del alma de San Juan Bosco según el Cardenal Alimonda: a) El cielo siempre sereno: imperturbabilidad de su vida de fe. b) El sol: Jesús Sacramentado. c) La estrella: María Auxiliadora.—2. Carácter de su piedad: no sentimental, sino recia, profunda, viva.—*Santa*: a) Por temor de Dios: horror de ofenderle. b) Por amor de Dios: deseo de glorificarle.—3. Progresos de su piedad en la manifestación externa de las devociones: desde la niñez al sacerdocio.—4. Carácter especial: la amabilidad. Importancia de este carácter para la educación de sus jóvenes en la piedad.—5. El apóstol de la devoción a Jesús Sacramentado y de la Comunión frecuente.—6. El apóstol de la devoción a la Virgen.

El Cardenal Alimonda, que conocía bien a don Bosco, al hacer su elogio penetraba en la intimidad de su alma y la describía de esta manera: «¡Yo llamo un cielo el alma de don Bosco!... ¡Y reconozco al instante el sol que en ese cielo tiene su campo: es Nuestro Señor Jesucristo!... Y la grande y refulgente estrella que brilla cerca de aquel sol, la reconozco también: ¡es María!»

He ahí una exacta pintura del Santo. ¡Cielo puro y sereno, en donde las pasiones humanas, dispersadas al nacer, permiten la calma absoluta, el encanto de un límpido azul; en donde ninguna nube de terrenal afecto perturba el esplendor de Jesús triunfante y de María Santísima, que brillan, únicos y soberanos, fecundando una perenne primavera de gracias celestiales y de virtudes singulares, y suscitando una continua y filial correspondencia de amor, que el hálito de un fervor juvenil transforma en dulcísima piedad!

¡Fervor juvenil, incluso a los setenta años: porque en el amor de Dios no se envejece jamás! El sacerdote, por muy anciano

qué sea, se acerca siempre al altar de su Dios, que es la alegría de su juventud: «Qui laetificat juventutem meam»! ¡Juventud de espíritu, juventud de corazón, que la correspondencia al amor de Dios provoca! Nosotros hemos contemplando a don Bosco como hombre de fe, abandonado por entero a la Divina Providencia. Pero esta fe, que le hacía ver a Dios en todas las cosas, le revelaba también las infinitas perfecciones del Altísimo, y, sobre todo, Su amor por nosotros.

No es posible, por consiguiente, que su corazón permaneciese insensible a los encantos sobrenaturales de la Divinidad. Porque es imposible conocer a Dios, tal como nos lo revelan la razón y la Fe, sin amarle sobre todas las cosas; y es todavía más imposible sentir continuamente Su presencia, advertir las maravillas de Su Providencia, comprender el prodigio de Su Gracia sin abrazarse en amor hacia El. San Agustín, cuando tuvo la fortuna de asistir al triunfo de la Fe en su propia alma, escribió una página de oro que confirma cuanto acabamos de decir: «¡Tú me llamaste, gritándome recio—dejó escrito en sus coloquios con Dios, es decir, en sus «Confesiones»—. Me lanzaste un rayo de tu luz... Me enviaste tu perfume, y lo aspiro, suspirando por Ti. Te he gustado y aun padezco hambre y sed de Ti. ¡Me has tocado y ahora me abraso en llamas!» («Conf.», cap. XXVII, lib. X). Al pequeño Juan, en cambio, Dios no había tenido que gritarle fuerte.

Con la luz del sol, que ilumina todo lo creado, el rayo de la Fe había penetrado en su hermosa alma. Pequeñito aun, sentado en el regazo materno, había percibido el perfume de Dios en la devoción de su madre y lo había aspirado plenamente. Más tarde, le había gustado en la Primera Comunión, y se quedó ya con un deseo insaciable de El. A los nueve años, Dios se le apareció por primera vez durante un sueño, de manera misteriosa, y luego, más adelante, se le aproximó casi diariamente, en formas cada vez más providenciales, inflamándole en su divino amor.

Nosotros, sin embargo, no podemos penetrar hasta el fondo de su alma; debemos contentarnos con las manifestaciones externas de este su amor a Dios y a la Santísima Virgen Auxiliadora en particular; pero nos bastarán, ciertamente, para convencernos de que su alma admirable vivía en continua unión con Dios y de que, aun cuando sus diversas y absorbentes actividades debieron aparentemente impedirle esta santa intimidad; aun cuan-

do su enorme tarea parecía no dejarle ni un instante para pensar en Dios, su alma alcanzaba en cualquier momento la perfección de la piedad, transformando hasta el mismo trabajo en sublime e ininterrumpida plegaria.

¡ Así lo observó el Santo Padre Pío XI en los días que pasó en el Oratorio de Valdocco, días que fueron de especial preocupación para el Vicario de Cristo ! Con el genio intuitivo que le distinguía, a pesar de no ser entonces más que un joven sacerdote, comprendió la unión habitual de don Bosco con Dios, y cuando algunos años más tarde—no hace muchos aún—el tercer sucesor de aquél, o sea el entonces Rector Mayor, Reverendísimo Sr. D. Felipe Rinaldi, se postró a sus pies implorando una indulgencia particular para la obra de los Salesianos, cuyo lema y programa se encierra en las palabras « Trabajo y oración », Pío XI, recordando a don Bosco, la concedió al instante ; pero sustituyendo por un verbo la conjunción del lema, dijo : « Sí, para vosotros, los Salesianos, el « Trabajo es oración », y así debe ser, como lo era para don Bosco. » ¡ Como lo era para El, cuya vida fué una continua plegaria, una continua elevación de la mente al Señor, una continua Unión con Dios !

Nosotros no recogeremos más que su aroma exterior, pero ¡ quiera el Señor que penetre hasta lo más profundo de nuestras almas y las encienda en el amor de Dios !

La piedad de don Bosco no fué uno de esos sencillos y admirables sentimientos que, en un momento de gozo, de exaltación espiritual, se despiertan en el corazón. Fué algo más : fué el alimento básico de toda su alma, fué el ardor de su voluntad y el ímpetu de su corazón. ¡ Piedad siempre sincera, siempre justa, siempre fuerte, siempre joven ! ¡ Y siempre espontánea, siempre natural !

El primer agradecimiento, después del que debe al Señor, se lo debe a su propia madre, que supo tan acertadamente educarle el corazón y la voluntad, sin permitirle las fáciles ilusiones de la falsa devoción. Ella fué quien quiso, en efecto, que se formase, antes que nada, en « un gran horror al pecado, a la ofensa del Altísimo ». Por consiguiente, le inculcó el principio de toda sabiduría, que es el Santo Temor de Dios. Y supo hacerlo oportunamente, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban, y la mayoría de las veces—¡ así era antes el talento de las madres

cristianas!—sólo con exclamar «¡ Es pecado !»), advertencia que valía por todo un tratado de teología.

Formada rectamente su conciencia en el aborrecimiento del mal y en la obligación de evitar hasta la más leve falta contra el Señor, era natural que su corazón se hubiera elevado espontáneamente hacia Dios con el impulso propio de la verdadera piedad.

¡ Y así fué ! El corazón del pequeño Juan se abrió en seguida al amor del Señor. La tranquilidad de los campos, el lenguaje de la Naturaleza, que a las criaturas inocentes les habla sobre todo de Dios, favorecieron en él aquel espíritu de oración que bien pronto transparentó claramente. No era preciso sorprenderle en la iglesia, al lado de su madre, o durante los rezos que en su casa se hacían en común, para formarse una idea de su piedad; al contrario, era mejor sorprenderle en medio de los campos, siendo todavía un niño de pocos años, ocupado con sus compañeros en decir sus oraciones; era mejor oírle, en el silencio de las colinas, cantar con voz argentina himnos de alabanza a la Virgen; era mejor verle, en medio de los pastos o las viñas, arrojarse al sonar del «Angelus» para saludar a su Madre Celestial.

Y si queremos saber cómo se comportaba en la iglesia, bastará con recordar un episodio. Aun no había cumplido los once años y regresaba una tarde de Buttigliera d'Asti, adonde había ido con objeto de escuchar el sermón de los misioneros. Por su tierna edad, llamó la atención del párroco de Murialdo, don Carlosso, el cual le llamó y le dijo: «¡ Quién sabe lo que tú habrás podido comprender, pobre hijito mío, del sermón del misionero !» Pero él, con serenidad y gallardía, le respondió: «Si usted quiere, se lo puedo repetir.» Y, ante el asombro general, lo repitió casi literalmente, en efecto. ¡ Prodigiosa memoria! — diréis—. Es cierto; pero si hubiese estado distraído en la iglesia, de nada le hubiera servido su memoria. ¿Cuántos son los niños de once años que escuchan los sermones dirigidos a las personas mayores con una atención tal que sean luego capaces de repetirlos?

Había transcurrido aún muy poco tiempo desde su Primera Comunión. Su madre, después de haberle llevado dos veces a confesarse, la víspera del acontecimiento le llamó y le dijo: «Mi pequeño Juan, Dios te reserva un espléndido regalo, pero procura prepararte bien, confesándote devotamente, sin callarle ni la

menor cosa al sacerdote. Confíeselo todo, arrepiéntete de todo y promete a Dios hacerte más bueno en lo sucesivo.» «Todo lo prometí—escribió don Bosco en sus «Memorias»—; pero si luego he sido fiel a la promesa, sólo Dios lo sabe.» La Comunión fué el triunfo de Jesús en su corazón virginal. Era la primera; mas le contagió tal deseo de comulgar a menudo, que al año siguiente, siendo criado en un caserío de Moncucco, pidió como gran favor que los domingos por la mañana se le permitiera levantarse al toque del Ave María, y, habiéndolo obtenido, hizo en lo sucesivo su hora larga de camino hasta la iglesia parroquial, a pie y en ayunas, para poder recibir la Santa Comunión. ¡Y es de notar que en aquellos tiempos, infestados aun de Jansenismo, las comuniones mensuales eran bien raras, y más raras todavía las semanales!

En aquella época de su vida, sirviendo lejos de la casa paterna, tuvo también lugar otro episodio muy significativo. Un día de verano, recién llegado de la viña, donde había trabajado fatigosamente toda la mañana, oyó el toque del «Angelus». Las campanadas le sorprendieron cuando subía la escalera de acceso al caserío, y, al oírlas, se detuvo, se arrodilló en una de las gradas y se recogió en fervorosa plegaria de salutación a Nuestra Señora. En aquel mismo instante se presentó su amo, que regresaba también de la faena, cansado y con aire de preocupación; al ver al muchacho en aquella actitud, prorrumpió en una risotada, y sin prestar atención al toque del mediodía, exclamó: «Ahí tenéis: nosotros, que somos los amos, nos vemos obligados a aprovechar todos los instantes, de la mañana a la noche, hasta que ya no podemos más; en cambio, miradle a él tan tranquilo, cómo reza ahí arriba en santa paz.» Pero el pequeño Juan no se alteró; terminó primero su oración y luego replicó dulcemente: «Usted mismo es testigo de que no he tratado de esquivar el trabajo; es indudable, sin embargo, que he ganado yo más con rezar que usted con trabajar. Al que reza, le nacerán cuatro espigas por cada dos granos de siembra; al que no reza, aunque siembre cuatro granos, recogerá sólo dos espigas. ¡Rece también usted! ¿Qué trabajo le cuesta soltar un momento la azada y decir una oración?» Reacio al principio, el buen hombre no se sintió tranquilo, sin embargo, hasta que no hubo rezado el «Angelus».

Aquí, en estas palabras, palpita el verdadero concepto que el muchacho se había formado de la oración y del trabajo; y

palpita, además, el espontáneo desahogo de una auténtica, sólida y sentida piedad. ¡Tened en cuenta que aun no ha cumplido los trece años! Durante los pocos meses pasados en compañía de don Calosso, capellán de Murialdo, disfrutó la inestimable dicha de conocer y practicar la oración mental, y fué habituado por el virtuoso sacerdote a hacer todas las mañanas un poco de meditación. Y la tuvo en tan gran aprecio, que nunca más la abandonó ya. Cuando más tarde se trasladó a Castelnovo para asistir al colegio, se retiraba a mediodía a la iglesia de la Virgen del Castillo y allí pasaba su breve hora de asueto entregado a la oración, a la meditación y al estudio. ¡Y era durante estas meditaciones cuando realizaba sus rigurosos exámenes de conciencia, que le dictaban las resoluciones necesarias para hacerse cada vez más grato al Señor! Pero cuando su piedad alcanzó su forma completa fué en la temporada que pasó después de Chieri, como estudiante del gimnasio. Habiéndose inscrito en la Congregación Mariana, se sometió por entero a la dirección de los Padres Jesuitas, que con mano maestra guiaban a la juventud estudiosa por el camino de la virtud; y supo de nuevo sacar tan gran provecho, que cuando más tarde ingresó en el Seminario, se distinguió bien pronto entre sus compañeros por la piedad y el estudio. La visita diaria a Jesús Sacramentado, la Comunión frecuente y fervorosa, su especial devoción a la Santísima Virgen, le convirtieron en modelo de piedad ante sus compañeros y en objeto de admiración y de grandes esperanzas para sus superiores.

El Divino Sol—Cristo en la Eucaristía—ocupó desde entonces el cenit de aquel hermoso cielo, en unión con la fúlgida Estrella del Mar—María Santísima—. Y así llegó don Bosco al Sacerdocio: nutrido de la piedad más ardiente y verdadera, y con el corazón desbordante de amor a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen. La juventud necesitaba de su ejemplo. Especialmente la juventud abandonada a los peligros del arroyo, que tan carente se hallaba de vida Eucarística, de devoción a Nuestra Señora, de verdadera piedad.

Don Bosco podía ofrecerla a todo el mundo, porque su corazón estaba saturado de ella. ¡Pero qué piedad más dulce, más suave, más agradable! Tan agradable, que consiguió aficionar a sus jóvenes a todas las prácticas religiosas que había aprendido en su propia parroquia y bajo la dirección de los Padres Jesuitas. A todas, incluso al Rosario, que a la juventud frívola y ligera le resulta, sin duda, bastante aburrido. ¡Al Rosario, que, cuando

comenzaba ya a desaparecer del seno de las familias, fué introducido por él en todos sus colegios como devoción diaria ! Y a Urbano Ratazzi, que en cierta ocasión trataba de convencerle de que no era una práctica adecuada para jóvenes, le replicó francamente : «Excelencia, estoy dispuesto a renunciar a todo, incluso a la amistad de V. E., antes que dejar un solo día el Santo Rosario.»

¡ Dulce piedad la suya, incluso cuando preparaba a los jóvenes de doce a veinticinco años con el ejercicio de la Buena Muerte, pero sin sacrificar jamás ninguna de las grandes verdades eternas, ninguna de las exigencias de la moral cristiana. Y así, con frecuencia se le oía decir a sus jóvenes : «¡ Corred, saltad, haced cuanto se os antoje ; a mí me basta con que no pequéis ! » Ni era tampoco raro sorprenderle hablándoles de la muerte y aun prediciéndosela, a costa, tal vez, de asustarlos un poco, si bien con ese saludable temor que sirve para provocar espanto ante la sola perspectiva del pecado.

Hizo más : llegó hasta implantar en todas sus instituciones la meditación diaria. Y encontró para ello una fórmula nueva, joven, genialísima : una breve lectura de carácter moral, cada mañana, después de la Santa Misa ; y por la tarde, después de las oraciones, las famosas reuniones conocidas con el nombre de «Buenas noches», o sea una brevísima plática del superior y una reflexión moral deducida de cualquiera de los hechos, interiores o exteriores, acontecidos durante el día. Breves la una y la otra, pero apropiadas y suficientes para suscitar una oleada de virtud : buenos pensamientos, exámenes de conciencia y hasta resoluciones heroicas. ¡ Era preciso, después de ciertas «Buenas noches» de don Bosco, encontrarse a la mañana siguiente cerca de su confesonario, primero en la iglesia y luego en la sacristía de la Basílica de María Auxiliadora, para comprobar los efectos de tales ejercicios ! ¡ Era preciso sorprender a alguno de los muchos jóvenes que durante la noche llamaban a la puerta de la celda de don Bosco para suplicarle, al cabo de algunas horas de insomnio atormentador, la tranquilidad de la confesión ! ¡ Y allí estaba don Bosco, día y noche, siempre dispuesto a complacerles ! ¡ Gozoso, como un verdadero Apóstol de la Confesión, de renovar en las almas los triunfos de Jesús Sacramentado !

¡ Y confesaba dondequiera : en la calle, en el campo, en la diligencia ! Bastaba su recogimiento para hacer sagrado cualquier lugar en que llevase a cabo su ministerio.

A sus jóvenes les ofrecía, además, la mayor comodidad posible, con tal de tenerles siempre en gracia de Dios; y a tal fin quiso que asistieran cada mañana a la Santa Misa y tuvieran así oportunidad de recibir también diariamente la Sagrada Comunión. Pero espontáneamente, sin presiones ni esfuerzos. Es más; con objeto de impedir que nadie la recibiese por respeto humano, dispuso que no se siguiera ningún orden—ni de bancos, ni de filas, ni de clases—para acercarse al presbiterio, sino que cada cual se aproximase en el momento que se sintiera preparado, confundido con cualquier otro. Aun ahora, si asistís a la Misa de los jóvenes en un Oratorio o en un colegio Salesiano, veréis a los alumnos salir de sus bancos en intencionado desorden para recibir la Comunión. ¡Y El fué quien prefirió este desorden al peligro de una Comunión mal hecha, o peor aún, de una Comunión sacrílega!

Con tal sistema, no formó hipócritas de la piedad, sino jóvenes convencidos que se elevaron a los transportes del éxtasis y que más tarde, hombres ya y libres por el mundo, continuaron ofreciendo el soberbio espectáculo de esta educación salesiana en la piedad.

¡Cuántos lirios fecundados por la gracia florecieron maravillosamente en una piedad tan auténtica, tan profunda, tan eficaz, tan santificante!, ¡en un amor seráfico a Jesús Sacramentado! Piedad que los disponía a los pequeños y grandes sacrificios, o mejor aún, les hacía anhelarlos ardientemente, a fin de poder acompañar a Aquel que está en el Santo Sagrario, Prisionero del Amor. Renunciaban a sus ruidosos recreos, aunque fueran de pocos minutos, para correr a los pies de Jesús Sacramentado; y no pocos, como Domingo Savio, se olvidaban del desayuno y de la comida, al lado del Divino Maestro, pero obtenían, en cambio, los frutos de la vida cristiana fervorosa que fácilmente pueden suponerse.

Así nos lo atestigua en sus declaraciones uno de los primeros alumnos del Oratorio, el canónigo Ballesio: «Aquellos centenares de obreros y de jóvenes estudiantes—dice—cumplían sus deberes con entusiasmo y exactitud. Y un importante número de ellos, no sólo eran buenos, sino excelentes, verdaderos modelos de piedad; jóvenes que por nada del mundo habrían cometido ni siquiera un pecado venial. ¡Jóvenes de una devoción tan sólida y tierna al mismo tiempo, que tenía realmente algo de extraordinario! ¡Qué hermoso era verlos en la iglesia, arrebatados por un bienaventurado

éxtasis celestial! ¡Y cuántas veces los nobles de la ciudad conducían a sus hijos al Oratorio para hacerlos contemplarse en aquel espejo de los hijos del pueblo, transformados, inconscientemente también, en nobles y grandes por efecto de su piedad! En el Oratorio se vieron las más dulces y bellas virtudes, la inocencia, la sencillez y la felicidad cristiana, por lo cual son allí tan queridos los principios que Santo Domingo y San Francisco de Asís practicaban con sus discípulos. ¡Y lo que el profano llamaría leyenda, es, en realidad, veracísima historia!»

Don Bosco, además, no descuidaba ningún detalle a fin de que la piedad presentase sus más gratos atractivos. Tanto en la pobreza de sus primeras capillas como en el templo de María Auxiliadora, supo siempre inspirar aquella devoción externa que hacía tan atrayente y acogedora la casa de Dios. Tan acogedora, que muchos ya no quisieron abandonarla más y se quedaron con El y se convirtieron en sus colaboradores y en sus continuadores, repitiendo las palabras del Salmo: «*Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum; concupiscit et deficit anima mea in atria Domini... Melior est dies una in atris tuis super millia...*» Porque muchos, en efecto, podían exclamar con razón: «*Passer invenit sibi Domum et turtur nidum!*»

¡Y cómo no hablar de las funciones, que fueron primero modestas y luego grandiosas, pero siempre devotas e impregnadas de una característica alegría! Don Bosco no olvidó nunca las palabras del Beato Cafasso en el primer encuentro que tuvo con él. Fué en el año 1826, un día de fiesta por la tarde. El Beato, entonces sacerdote, estaba ensimismado ante la puerta de la humilde parroquia de Murialdo, aguardando que se abriese para las Vísperas. El pequeño Juan, cautivado por el candor que su rostro transparentaba, a pesar de que aún no le conocía, se acercó a él, con graciosa desenvoltura, y se ofreció para conducirlo a presenciar la fiesta, puesto que había tiempo bastante para ello antes de que la función religiosa comenzase. El santo varón sonrió, le dió las gracias, y, hablándole familiarmente, se excusó con estas palabras: «Querido amiguito, los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de iglesia, ¡y cuanto más devotamente se celebran, tanto más gratas nos resultan como espectáculo!»

Estas palabras dejaron en don Bosco una huella indeleble. Ordenado Sacerdote, se preocupó con especial cariño del decoro de las funciones sagradas, y cuando celebraba la Misa, parecía

que quien le ayudaba se lo advirtiese, para hacerle reportarse. Alguna vez, también durante la Misa, experimento el divino consuelo del éxtasis místico.

El P. Evasio Garrone contaba : «En el mes de enero de 1879, en unión de un compañero mío llamado Franchini, difunto ya, ayudaba yo a Misa a don Bosco, que la celebraba en un altarcito situado en el vestíbulo de su habitación. En el momento de la consagración, vimos a don Bosco como extático y con una expresión paradisíaca en el rostro, que parecía iluminar toda la estancia. Poco a poco, sus pies se fueron elevando sobre la tarima y permaneció suspendido en el aire durante diez minutos al menos, sin que nosotros alcanzáramos a levantarle la casulla. Yo, fuera de mí mismo a causa del estupor, corrí a llamar a don Rúa, pero no le encontré. Cuando regresé de nuevo a mi puesto, vi que don Bosco comenzaba a descender, pero la habitación conservaba un no sé qué de celestial. Terminada la Misa y una vez que hubo orado largo rato en acción de gracias, al llevarle yo el café como de costumbre, le dije : —Pero, don Bosco, ¿qué le sucedía a usted esta mañana en el momento de la elevación? El me miró un instante y cambió inmediatamente de tema : «Toma tú también un poco de café», me replicó, y mi pregunta no obtuvo respuesta alguna. Pues bien ; ¡ el mismo sacerdote fué por tres veces testigo de semejante prodigio !

En la oración, en la unión con Dios, en los coloquios con Jesús Sacramentado y con María Santísima, experimentaba don Bosco sus mayores alegrías, y a ellas se entregaba por entero cuando motivos graves no le obligaban a dedicarse con urgencia a otras ocupaciones. A veces, por ejemplo, les hacía ejercitar un poco la paciencia a quienes le esperaban. Habiéndose trasladado a Frohsdorf en el año 1883 con objeto de dar su bendición al Conde de Chambord, que se hallaba moribundo, celebró primero la Misa y luego se entretuvo en su acostumbrada acción de gracias, a pesar de estar apremiándole para que se acercase al lecho del agonizante. Y la acción de gracias fué tan larga, que el Conde del Bourg, que le esperaba, cuando al fin le vió levantarse, corrió al Conde de Chambord y le dijo : «¡ Todo acaba en este mundo, incluso las oraciones de don Bosco ! ¡ Ya viene, ahí le tenéis !»

¡ Oh, la piedad de don Bosco ! ¡ Oh, su devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora ! ¡ Era el natural fruto de

aquella vivísima unión con Dios, que no podía contenerse en una silenciosa contemplación, sino que se traslucía al exterior, palpitando con fuerza y mostrándose tanto más admirable cuanto mayores eran las preocupaciones externas que se conjuraban para sofocarla!

El apostólado que El ejerció para la difusión de estas dos grandes devociones, es exuberante expresión de la más exuberante piedad interior.

Un viejo pintor moribundo, que, con un trozo de carbón, había esbozado de mano maestra el rostro de Jesús sobre la pared de su alcoba, le decía al pequeño Murillo: «¡Para poder representar a Jesús sobre un lienzo rápida y fielmente, es preciso sentirle primero en el corazón!» ¡Hermanos míos amadísimos! ¡Para hacer serafines de Jesús Sacramentado y apóstoles de la Auxiliadora como los hacía don Bosco, es preciso sentir vivamente en el corazón a Jesús Sacramentado y a la Auxiliadora!





---

---

## TERCER DIA

### POR EL CAMINO DE LA PERFECCION

*Esquema.*—1. El camino de la perfección: camino de mortificación, ¡del Calvario al Cielo!—2. El Santo es un hombre como los demás, expuesto a los mismos peligros y a las mismas tentaciones: a) Don Bosco tenía también sus defectos. b) Vivió en medio de los peligros del mundo.—3. Su mortificación: continua, generosa, alegre: a) Perfeccionamiento en la mortificación. b) Ingeniosidad para convertir todas las cosas en mortificación. c) Ingeniosidad para no dejarla traslucir.—4. Su fin principal: adquirir las virtudes de la *humildad* y de la *fortaleza* que le habían sido inculcadas en su primer sueño.—5. Medio particularísimo de mortificación: el trabajo asiduo y extraordinario.—6. Heroísmo.

*Fustorum semita, quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam. diem («Prov.», IV, 18).*

¡ Los Santos, amadísimos hermanos, no nacen, sino que se hacen ! Y se hacen a través de una vida de continua mortificación, la mayor parte de las veces inadvertida a los ojos del mundo, pero llena de renunciamientos, de abnegaciones, de esfuerzos espirituales, que permiten al alma resplandecer en la plenitud de la luz sobrenatural. «Regnum caelorum vim patitur et violenti rapiunt illud» : El reino de los Cielos padece violencia y los violentos son los que le arrebatan—ha dicho el Señor—. Y es porque nuestra naturaleza, contaminada por el primer pecado, se debate entre inclinaciones peligrosas, que, si no se vigilan con atención y no se mortifican con energía, pueden comprometer fatalmente nuestra eterna felicidad. Todos los cristianos nos vemos comprometidos en esta lucha y obligados a realizar el consiguiente esfuerzo, porque cada cual, como el Apóstol San Pablo, sentimos más o menos la tiranía de la carne, que contrasta con la ley del espíritu ;

y no podemos, sin embargo, sentirnos cristianos sino cuando—a semejanza del Divino Maestro—crucificamos también nuestra carne con todos sus vicios y concupiscencias, según la propia definición del Apóstol: «Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis» («Gal.», V. 24).

Pero en esto interviene sobre la competencia del amor, que diferencia al simple cristiano del Santo. Mientras que aquél se limita a una resistencia que podríamos llamar pasiva, no permitiendo que sus inclinaciones degeneren hacia el pecado, éste se empeña, en cambio, en una asidua y heroica tarea de perfección, que no se contenta con impedir el pecado voluntario, sino que tiende sobre todo a imitar, dentro del límite de sus posibilidades, al Modelo Divino, Nuestro Señor Jesucristo, esforzándose de este modo por agradar cada vez más al Creador, que es el Océano de las perfecciones, la esencia de la Santidad.

En esta tarea el Santo se transforma en artista, y un artista de genio. Y cuando levanta el vuelo desde la tierra al Cielo, resplandece envuelto en una luz divina, como auténtica obra maestra de la Gracia, a cuya acción la naturaleza no correspondió con indiferencia, sino con prontitud y generosidad.

El avance en esta perfección está en razón directa con la piedad del Santo. Porque sólo el amor a Dios puede inspirar y animar hasta el heroísmo la perfección evangélica. Don Bosco, que desde niño alimentó en su corazón una piedad tierna y profunda, sintió también desde niño el anhelo de agradar a Dios con la perfección. Y cuando el sueño misterioso y revelador del año 1824 le anunció su sublime misión y escuchó en él aquellas palabras de la Virgen, que le decía: «Hazte humilde, fuerte y robusto», comenzó desde entonces mismo a preocuparse con fervor extraordinario de las admirables ascensiones, que fueron elevándose hasta la santidad: «Ascensiones in corde suo deposuit!»

¡Y lo hizo con tanta suavidad, que tal parecía—como dice el Decreto sobre el heroísmo de sus virtudes—que los bajos apetitos no tuvieran en él ningún arraigo! Pero la realidad era, amadísimos hermanos, que él los iba sofocando al nacer, resuelta y alegremente. Había resultado por naturaleza un carácter fuerte, que le hubiera podido arrastrar al despotismo, a la irascibilidad; y se convirtió, en cambio—igual que San Francisco de Sales—, en el Santo de la dulzura y de la bondad.

También él encontró en su camino malos compañeros, y por cierto donde no hubiera debido encontrarlos; pero supo siempre resistir a cuantas insinuaciones perversas se le hicieron, e incluso tuvo muchas veces la fortuna de poder transformar sus corazones.

Vivió en medio del mundo y se acercó a sus miserias morales para vencer el mal con el bien, y hemos de considerar, como gracia especial del Señor, el hecho de que su alma no hubiera acusado jamás los nocivos efectos que de ello pudieran derivarse. ¡Esto es lo que debemos tener presente si queremos ver al Santo en su verdadera luz, y no creer que la santidad sea únicamente un don gratuito y espléndido de Dios!

¡No, la santidad es algo más; es también el fruto con que el alma corresponde proporcionalmente a Dios, lanzándose para ello a la palestra donde combate sus difíciles y sangrientas batallas, para recoger al fin la palma de la victoria y recibir la corona de la gloria inmortal! Razón por la cual coloca la Iglesia a sus Santos sobre el altar y nos invita no sólo a venerarlos, sino también a imitarlos. Porque la imitación nos es posible siempre intentarla, con la gracia que Dios no niega nunca a quien hace todo lo que está de su parte: *Faciendi quod in se est, Deus non denegat gratiam!* No nos sentiremos desfallecer ante los resplandores de su gracia, una vez que sepamos que también ellos, lo mismo que nosotros, han vivido en medio de los peligros del mundo y entre las insidias del demonio, y que al igual que nosotros, sintieron asimismo, más o menos, las pasiones humanas.

Así, sus victorias y sus triunfos nos infundirán aquella confianza de San Agustín: *Si isti et illi, cur non ego?* Si éstos y aquéllos han podido, ¿por qué yo no voy a poder también alcanzar aquella corona de gloria que está reservada a todos los que anhelan el reino de Dios en su alma y se esfuercen por conseguirlo? La misma corona, hermosa y fúlgida, que sonreía al Apóstol San Pablo cuando escribía a su amado Timoteo estas palabras: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae quam reddet mihi Dominus in illa die, justus Judex: non solum autem mihi sed iis qui diligunt adventum eius!* (II TIM., IV, 7).

---

Y ahora, un episodio. Una tarde bochornosa de verano, el pequeño Juan, acompañado de su hermano José, regresaba a casa

abrasado de sed. Su madre corrió a buscar agua fresca y se la ofreció primero al hermano mayor; pero el pequeño, habiendo observado aquella especie de preferencia, lo tomó un poco a mal, y, cuando su madre se acercó a él con el agua, la rehusó con un gesto de malhumor. La madre, sin decir una palabra, volvió a verterla en el cubo. El niño permaneció un rato en silencio, pero al cabo, exclamó :

— ¡ Madre !

— ¿ Qué quieres ?

— ¡ Dame agua a mí también !

— ¡ Creí que no tenías sed !—respondió la buena mujer.

— ¡ Madre, perdóname !—dijo entonces el pequeñuelo.

— ¡ Ah ! ¡ Así, así, se hace !—concluyó la madre, que fué de nuevo a buscar el agua y se la ofreció sonriendo.

Un caprichito de niño, amadísimos hermanos : ¡ el simple caprichito de un niño que apenas contaba cuatro años ! Pero que nos revela claramente cómo también germinaban en él aquellas inclinaciones y aquellas pasiones que, a la larga, podían resultar graves ; cómo tampoco él había nacido santo, cómo tuvo igualmente que formarse con laborioso trabajo de injerto y de poda en torno a su propia alma. Trabajo que podemos adivinar perfectamente a través de la descripción de su carácter, tal como nos la ha dejado hecha su biógrafo, P. Lemoyne, que en el primer volumen de las «Memorias biográficas» nos dice, en efecto : «Juan había resultado de natural fácilmente inflamable y al mismo tiempo duro y poco flexible, de tal modo que se veía obligado a hacer grandes esfuerzos para convencerse a sí mismo. De carácter más bien serio, hablaba poco, lo observaba todo, pesaba las palabras de los demás y procuraba conocer los diversos temperamentos y adivinar las ideas ajenas, con objeto de poder conducirse con prudencia.

Por añadidura, era sensibilísimo, de ingenio penetrante y ágil, tenaz en sus propósitos y decidido en el obrar, de modo sorprendente.»

De todo lo cual se deduce la enorme valía de sus recursos espirituales, pero también el peligro indudable que el empleo de ellos suponía. ¡ Y no es difícil comprender entonces la energía que habrá tenido que emplear consigo mismo para convertirse en el dulcísimo y sonriente don Bosco ! Es verdad que en este sen-

tido le ayudó mucho la feliz circunstancia de tener una madre enérgica, que le educó con afecto y sin arrumacos ni melindres. Pero, por su parte, tampoco el pequeño Juan regateó nada para secundar la obra educadora de su madre, que le acostumbró sabiamente a una obediencia ilimitada, a una sobriedad prudente y a un extraordinario espíritu de sacrificio.

En la humilde casita, la abuela era reina; la madre era maestra y señora. Nada se podía hacer sin su permiso; quería estar siempre al corriente de la conducta de sus hijos; ¡mucho cuidado con los caprichitos y las mentirijillas! Pero sin hacer uso jamás de los gritos y los golpes, sino valiéndose únicamente de su voz tranquila y digna. Al pequeño Juan le costó no poco trabajo el someterse; alguna vez, incluso, fué preciso emplear con él largos razonamientos; pero el apasionado amor que sentía por su madre, y, sobre todo, el Santo Temor de Dios en que ésta le educaba, acabaron por hacer voluntarios y eficacísimos sus esfuerzos. De tal manera, que, a pesar de ser el último de los hermanos, pronto sirvió de ejemplo a los demás; e incluso era quien convencía la mayoría de las veces a su hermanastro Antonio para que reconociera sus faltas y se mostrara obediente y respetuoso con su madrastra y su abuela. «Ven acá, amiguito—le decía cuando aquél, enojado, trataba de esquivar la humillación de pedir perdón por sus errores—, ven acá; no contraríes la voluntad de la abuela; le darías un disgusto demasiado grande. Y también a nuestra madre. Es verdad que ya eres mayor; pero que no se diga que por causa tuya le falte a la abuela el respeto que se merece.»

En cuanto a la comida y al descanso, fué habituado a una sobriedad providencial. Un pedazo de pan era todo su desayuno durante el tiempo que permaneció en su casa. Separado luego de la familia, hasta ese mendrugo llegó a faltarle a menudo, y sólo gracias a la caridad de algunos—como un frutero de Chieri, entre otros—pudo aplacar el hambre muchas veces. Su madre le había acostumbrado desde niño a prolongar la tarea cotidiana, llevándole consigo—frecuentemente hasta bien entrada la noche—cuando tenía que hacer alguna obra de caridad entre sus parientes o vecinos. ¡Y su cama fué siempre un jergón de hojarasca: lo mismo de niño, que de seminarista, que de sacerdote!

Día por día tenía que levantarse al amanecer, cuando todos los demás, para salir a apacentar el ganado o bien acompañar a sus hermanos y su madre en las faenas de los campos y las

viñas. ¡Y luego resistir allí, a medida que iba creciendo, aunque la espalda le doliese, aunque le agotara el calor! Quizá vosotros no encontraréis en ello nada de extraordinario y acaso me diréis que ésta era la suerte de los hijos de todos los campesinos; que ésta tenía que ser, por tanto, también la suya; que, o de grado o por fuerza, de cualquier modo, a ella se tenía que adaptar.

Considerad, sin embargo, que el pequeño Juan era un campesino bastante distinto de los demás: dotes excepcionales adornaban su espíritu, aspiraciones grandiosas o al menos poco comunes se agitaban en su corazón, y una vocación sublime se le transparentaba con mayor claridad a cada instante. ¡Y no obstante, se adaptó a aquella vida durante varios años! ¡Y no por fuerza, sino por amor!

Ahí está precisamente lo extraordinario: porque lo natural era que un niño como él se hubiera adaptado por fuerza; fuerza que necesitaba para tolerar la terca oposición de su hermanastro Antonio y rehusar los ofrecimientos del buen don Calosso, que se empeñaba en darle clase gratuitamente y abrirle así el camino por el cual se sentía llamado; en cambio, se adaptó a aquella vida con amor, sofocando en su interior el resentimiento espontáneo, que no estalló jamás en lamentos vulgares, ni en recriminaciones, ni en protestas. A todo más, sólo de cuando en cuando pugnaba por escapársele algún suspiro, que reprimía también inmediatamente. ¡Y por fuera, siempre gozo, alegría, suavidad de apostolado, oración!

¡Ah, hermanos amadísimos: en un muchacho de diez a quince años, con la mente llena de santas ilusiones, ayudado providencialmente de quien menos se esperaba, el adaptarse a una vida tan sacrificada y tan opuesta a sus aspiraciones sólo por amor a la paz familiar y por no contrariar el capricho de un malévolo, no es poca virtud, realmente!

Y por lo demás, ¿es que no era mortificación voluntaria—y lo hacía a menudo, por cierto—el cambiar su pan blanco por el negro del pequeño Matta o de otros compañeros suyos? ¿Es que no era mortificación voluntaria el reclamar para sí los castigos merecidos por su hermano y sufrirlos pacientemente? ¿Es que no era mortificación voluntaria el quitarse sus zuecos y recorrer descalzo, mañana y tarde, los siete kilómetros que separan el distrito de Becchi de Castelnuovo, adonde acudía a la escuela, en 1830 y 1831? ¿Es que no era mortificación voluntaria el ir mendigando de case-

río en caserío hasta reunir el dinero necesario para pagar su pensión en Chieri?

Y en el mismo Chieri, durante cuatro años, ¿es que no era mortificación voluntaria el hacer de sirviente en casa de Lucía Matta, de camarero en el Café Pianta, de criado en el caserío del señor Cumino? ¿Y el estudiar de noche en una despensa del café, en la torre del campanario de la Catedral o en el establo de la citada casa de labranza? ¿Es que no era mortificación voluntaria el ponerse en sus momentos libres a trabajar como aprendiz de un sastre, o de un zapatero remendón, o de un herrero, o de un carpintero, en vez de dedicarse a descansar o a divertirse? ¡Y todo ello, amadísimos hermanos, sólo por obedecer a la voz de un sueño que parecía cada vez más irrealizable, por hacerse «humilde, fuerte y robusto»!

¿Es que no era mortificación voluntaria—siempre por obedecer al sueño—el sentarse en los bancos de la escuela, entre pilluelos cuatro o cinco años más pequeños que él, y verse acogido por los maestros con grandes risotadas y frases burlonas? ¿Y padecer el frío durante el invierno y el hambre durante casi todo el año? ¿Y toda suerte de privaciones e incomodidades? ¿Y es que no era fruto de extraordinaria mortificación el conservarse siempre puro como un lirio en medio de tantos jóvenes de todas clases, entre los parroquianos del café y los curiosos que acudían a presenciar sus juegos de prestidigitación? Verdaderamente, es preciso reconocer que Dios favoreció a don Bosco con una protección especialísima y prodigiosa.

El demonio, que tantas veces le importunó, de día y de noche, para impedir la realización de ciertos planes suyos, el comienzo de ciertas obras que tendían a una más rápida y eficaz salvación de las almas, nunca obtuvo de Dios el permiso necesario para fomentar en él las pasiones que ponen en peligro la belleza de la virtud. Pero si él mismo no se hubiera prevenido con una gran vigilancia y una habitual mortificación de sus apetitos, ¡cuántas veces—a lo largo de una vida tan azarosa—hubiera podido frustrar aquella especial gracia del Señor! ¡En cambio, correspondió a ella gallardamente, y floreció como cándido lirio siempre immaculado, aun entre las espinas, purificando y santificando a los demás con el perfume suavísimo de su pureza y con el encanto de su alma, nimbada con los resplandores de las virtudes angélicas!

¡Ah, si pudiésemos conocer la historia íntima de su alma, esa historia que sólo conoce Dios! Pero San Juan Bosco es uno de los

Santos que mejor han practicado el espíritu de mortificación predicado por Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: «Cuando ayunes (es decir, cuando hagas mortificaciones), perfuma tu cabeza y lava bien tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas» (*S. Mateo, VI, 17-18*). Y puso siempre el mayor cuidado en que sus mortificaciones no pudieran ser descubiertas; por ello, tanto en sus años de seminarista como luego de sacerdote, ejerció, principalmente, la mortificación cristiana, soportando con serenidad, o mejor aún, con verdadera alegría, las contrariedades cotidianas de la vida, las incomodidades del tiempo, el calor, el frío, el hambre, la sed, el sueño, la fatiga, el trabajo.

Y no quiso nunca que sus jóvenes y más tarde sus compañeros de comunidad se entregasen a penitencias extraordinarias, sino que se acostumbrasen a aprovechar las mil ocasiones de mortificarse que cada día les ofrecía bajo formas tan diversas. ¿Os parece tal vez poca cosa? ¡Pues probadlo primero y veréis, antes de llegar la noche, cuánto sudor y cuántos sufrimientos cuesta! Y tened en cuenta que es un ejercicio doblemente meritorio por ser completamente independiente de nuestros gastos y de nuestra elección...

Una vez ingresado en el Seminario, don Bosco acentuó más aun esta mortificación. El día que vistió su hábito talar, tomó, entre otras resoluciones, las siguientes: «No intervendré nunca más en espectáculos públicos, ni asistiré a festines ni a banquetes. No volveré a hacer juegos de manos, ni de prestidigitación, ni de saltimbanqui, ni de habilidad, ni de equilibrio; no tocaré más el violín; no iré nunca más de caza. Me acostumbraré a practicar y amar el aislamiento, la sobriedad en el comer y el beber; y no tomaré más horas de descanso que las estrictamente necesarias a la salud.»

Verdaderamente, a pesar de estas promesas, hizo de nuevo algún juego de prestidigitación para distraer a sus muchachos; y volvió a tocar el violín, una vez más, en el año 1836 durante una fiesta celebrada en Croveglia di Buttigliera, para complacer al párroco, que era tío suyo. Pero cuando se dió cuenta de que en la calle un grupo de gente bailaba al son de su violín, dejó de tocar, y esta vez para siempre. «¡Cómo!—dijo—. Yo, que me paso la vida protestando contra los espectáculos públicos, ¿es que voy a dedicarme ahora a organizarlos? ¡Tomad el violín (se lo habían prestado), llevádselo a su amo y decidle que ya no lo nece-

sitaré más !» Luego; una vez que hubo regresado a su casa, tomó el suyo propio y lo pateó, haciéndolo mil pedazos.

Sus mortificaciones en la comida y el reposo prosiguieron y aumentaron. Varias veces fué sorprendido en el Seminario tratando de volver insípidos y desagradables los manjares, para tener así ocasión de mortificarse. Muchas veces abreviaba sus momentos de recreo para retirarse a la iglesia a rezar, o para repasar sus asignaturas.

Un seminarista de su época declaró : «Fuí compañero suyo en el Seminario durante cinco años y luego en la Residencia y en el Asilo durante otros cinco. Pero en todo este tiempo no descubrí nunca en él ni el más mínimo defecto ; antes bien, le vi practicar con verdadera perfección todas las virtudes.» Y su profesor de Teología, Monseñor Appendino, dijo de él : «Por su piedad y su aplicación hizo Juan Bosco muchos progresos en el Seminario, sin aparentarlo siquiera, a causa de aquella afabilidad suya que constituyó luego el carácter fundamental de toda su vida.»

Ordenado sacerdote, se dió a la mortificación de una manera tan generosa y tan perfecta, que necesitaríamos disponer de mucho más tiempo para comentarla.

Pero su propósito de una verdadera inmolación lo encontramos ya en las intenciones por las que ofreció su primera Misa, especialmente en la tercera y en la séptima : 3.<sup>a</sup> «Hacer, padecer, humillarse siempre y en todo, tratándose de salvar a las almas.» 7.<sup>a</sup> «El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma ; por consiguiente, no consentiré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Durante el día, y especialmente después de comer, no haré nunca reposo, excepto en caso de enfermedad.» ¡ Y con estos propósitos, amadísimos hermanos, escaló la cumbre de la perfección, para ofrecerse él mismo, en definitiva, como holocausto perfecto al Señor !

Pero, entre todas, dos virtudes determinadas ha fomentado con especial interés. Dos virtudes, la primera de las cuales—que es fundamental—construyó el magnífico edificio de su perfección, mientras que la otra lo sostuvo y aseguró hasta el heroísmo : ¡ la «humildad» y la «fortaleza», que le habían sido aconsejadas ambas en aquel primer sueño misterioso !

Toda su juventud fué para él un ejercicio constante de humildad, practicado con las humillaciones más diversas, y de for-

cuentre nunca desocupados!), solía repetir a sus muchachos; y él, por su parte, no conoció jamás el reposo.

Cuando, extenuado ya por tantas fatigas, fué visitado en cierta ocasión por el doctor Combal, de la Universidad de Montpellier, éste, emocionado ante la presencia de un santo, sólo acertó a decirle estas breves palabras: «Necesita usted descansar, lleva usted una vida demasiado agotadora; no necesita usted más que reposo.» «Pero es la única medicina que no puedo permitirme»—respondió don Bosco.

Y no descansó jamás. Murió en la brecha—puede decirse—, trabajando como siempre. Y trabajó en medio de las mayores privaciones: nutrido escasamente, con alimentos ordinarios, mal cocidos y mal condimentados; atormentándose, durante las breves horas que se tumbaba en la cama, con diversos medios de penitencia. Astillas, guijarros y otras mil cosas punzantes y duras, fueron los instrumentos inconscientes de estas penitencias nocturnas, que él ocultaba cuidadosamente, sin embargo, para no dejar a sus muchachos ejemplo de una austeridad que pudiera infundirles miedo. Prefirió, en cambio, dejarles la propia sustancia de la mortificación—el trabajo—, rodeada de los atractivos del éxito y de las alegrías del apostolado.

¡Entretanto, en medio de estas fatigas incesantes, iba templando su espíritu y dándole aquella «fortaleza extraordinaria» que luego demostró poseer, durante el resto de su vida; fortaleza que le defendió en tantas ocasiones, especialmente contra aquellos hombres «de mentalidad estrecha», que se afanaban por desviarle de aquel género de apostolado, amenazándole, persiguiéndole, calumniándole; contra los enemigos de la Iglesia, que compraban el brazo asesino de algún sicario para lanzarle contra él; contra los intereses humanos, que a veces inducían incluso a las personas de bien a tratar de apartarle de los verdaderos fines de su magisterio! ¡Y él siempre humilde y siempre fuerte! Amigo de todos, pero sin renunciar jamás a ningún principio que estimara justo y cristiano.

Sacerdote siempre: lo mismo al pie del altar, que en el púlpito, que en la escuela, que en el laboratorio, que junto al trono real o la Cátedra de San Pedro. De una pureza inmaculada de pensamientos, de palabras, de obras, que encantaba y se adueñaba de todos los ánimos. ¡Y a cuántos, que sólo miraban el desarrollo asombroso de sus obras, les pareció verle triunfar bajo una pér-

gola de rosas ! Pero, debajo de las rosas, amadísimos hermanos, ¡ cuántas espinas !, ¡ cuántas espinas ! Sus pies se desgarraban al caminar sobre ellas y la tierra enrojecía, pero su rostro sonreía continuamente. ¡ Y el mundo recogió sólo su sonrisa ; la Iglesia, en cambio, recogió con veneración su sangre, como en otros tiempos recogía la de sus mártires, y apreció el heroísmo de tantas virtudes escondidas bajo la sonrisa del rostro y proclamó a don Bosco santo !

¡ Hermanos amadísimos ! ¡ Contemos las espinas que oculta aquella pérgola de rosas ! ¡ Desde el rostro sonriente del nuevo Santo, bajemos la mirada hacia su sangriento camino ! ¡ Y entonces su figura se erguirá gigantesca, en toda la heroica grandeza de la virtud cristiana ! Pero elevemos de nuevo los ojos hacia su perenne sonrisa, que brilla entre las luces de la gloria, para que ella nos cante las animosas palabras del Apóstol San Pablo : *Non sunt condignae passiones huius temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis !* («Rom.», VIII, 18) y nos incite a imitar a nuestro Santo en la decidida, fatigosa y generosa subida al monte de la perfección, en cuya cumbre nos aguarda un triunfo de gloria inmortal.



# P A N E G I R I C O

## EL APOSTOL SANTO EL GRAN SECRETO DE SUS EXITOS: «DA MIHI ÁNIMAS, CAETERA TOLLE!»

*Esquema.*—1. Advertencia del Cardenal Maffi en la Conmemoración del Santo. Nosotros lo hemos hecho lo mejor posible.—2. Una ojeada a su grandiosa obra, animada por la sublime y única intención de contribuir a la mayor gloria de Dios y a la salvación de las almas.—3. La gloria de Dios y la salvación de las almas, único fin de todas sus instituciones: a) la pequeña Sociedad de la Alegría, en Chieri. b) Los Oratorios (no lugares de recreo, sino de trabajo y oración. c) Las escuelas de Artes y Oficios. d) Los institutos de estudiantes (para favorecer las vocaciones eclesiásticas). e) La obra de la Prensa. f) La Pía Sociedad Salesiana. g) La institución de las Hijas de María Auxiliadora. h) La Pía Unión de Cooperadores. i) Los Antiguos Alumnos. j) Las Misiones.—4. ¡El ardor de su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas!

Su Eminencia el Cardenal Maffi, en el espléndido acto conmemorativo de don Bosco, que tuvo lugar en el salón del Oratorio Salesiano de Turín, el año 1908, y al cual hemos aludido ya en el Triduo, después de una rápida evocación de la vida del Santo, le definía metafóricamente identificándole con una palmera, «que no es un bejuco parásito que se enrosca a otras plantas para medrar y subir, ni un árbol enano que, sofocado por otros u olvidado de las alturas, consume a flor de tierra la savia en su raquíptico ramaje; sino que brota vigorosa y se lanza en busca del Cielo, derecha, rápida, elegante, sin vanas ramificaciones. Cada hoja que nace en su tronco se retira al instante para dar origen y servir de sostén a otra hoja más bella; solo, en lo alto, se desarrolla el brote que hace crecer al árbol; y allí, en su propia cima, las grandes hojas, ávidas y anhelantes de sol, que bajo el sol pu-

rifican lo que la tierra les envía, y que devuelven a la tierra, en pago, su fruto dulce y copioso».

Y añadía luego el Cardenal: «¡Antes que en las obras externas, yo quisiera que este florecer de palmera en otro mundo interior, en el alma de don Bosco, que derecho, sin ramificaciones, sin retoños a ras de tierra, sino desarrollando brotes cada vez más bellos y creciendo de virtud en virtud como de hoja en hoja, sube continuamente, anhelando a Dios, sol de justicia, bajo cuyo fuego purifica sus amores y madura bendiciones de bien, de felicidad, de vida!» ¿Por qué? Pues porque «las obras externas de los Santos—como acertadamente observaba Su Eminencia—son como un desbordamiento de su corazón, producido por la fuerza incontenible del amor que profesan al Padre que está en los Cielos y a los hermanos que peregrinan por este valle de lágrimas.»

Así lo hemos hecho nosotros, amadísimos hermanos—brevemente, por tiránica exigencia del tiempo, e imperfectamente, por incompetencia mía—, en estos días pasados: esforzándonos en sondear aquella alma de Santo, para recoger en ella el fervor de su vida interna, alimentada por la linfa divina de la Gracia. Ahora podemos levantar nuestra mirada hacia las hojas y los frutos de la gran palmera, para luego extender la vista por el maravilloso oasis que a su alrededor produjo. Mas no para abandonarnos a la dulce y consoladora contemplación de tantas obras prodigiosas, sino para reconocerlas, bajo la verdadera luz a cuyo calor nacieron, como medios diversos, admirables y eficacísimos de salvación para las almas de cualquier edad, de cualquier condición, de cualquier patria, de cualquier rincón del mundo, cercano o remoto, civilizado o salvaje.

Una vez más nos sorprenderá su actividad incansable, «su invencible energía en el trabajo, su indomable resistencia al cansancio, su diario y continuo afanarse, de la mañana a la noche, de la noche a la mañana», como el Santo Padre Pío XI supo descubrir en el fondo de su «amplia visión de las cosas» (Discurso de S. S. Pío XI el 20 de febrero de 1927); pero comprenderemos también la razón de todo ello, su verdadero secreto, que El mismo había ya revelado y declarado en aquel mote que se lee bajo los escudos de todas sus instituciones: *Da mihi animas, caetera tolle!* («¡Dame almas que salvar, Señor, sólo almas que salvar!»)

En efecto, la salvación de las almas constituyó el anhelo continuo e incesante de su vida apostólica, la única razón de su extraordinaria actividad exterior. Su corazón se fué dilatando poco a poco, al soplo poderoso de su vida interior, hasta alcanzar aquella inmensidad que encontró su más hermoso paragon en la arena que se extiende a orillas de los mares: *Dedit ei Dominus latitudinem Cordis quasi arenam quae est in littore maris!* (III «Reg». , IV, 29). Pero cada latido de este corazón inmenso canta siempre la misma canción: «Da mihi animas, caetera tolle!»

¡Recorred las cuarenta naciones por donde se halla difundida la Obra Salesiana! Preguntad a los dos mil Oratorios Festivos y diurnos: —¿Para qué os ha fundado don Bosco? Y os contestarán: —¡Para salvar las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!»

Id preguntando a las escuelas profesionales y agrícolas, a las escuelas elementales, medias y superiores de los Institutos, que ya han rebasado ampliamente el millar: —¿Para qué os ha fundado don Bosco? Y os responderán —¡Para la salvación de las almas! «Damihí animas, caetera tolle!» Preguntad a los trece mil doscientos Salesianos y a las diez mil Hijas de María Auxiliadora que se hallan al frente de las diferentes instituciones: —¿Para qué os ha reunido don Bosco? Y os contestarán: —¡Para la salvación de las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!»

Volad a través de América, de Sur a Norte; luego, de América a Africa y de allí a Asia; pasad de la China a la India y de la India al Japón; llegaos también hasta Australia; preguntad en todos sitios para qué surgen aquellas Misiones, aquellas escuelas, aquellos hospitales, aquellas leproserías, y un coro formidable os dará siempre la misma respuesta: —¡Para la salvación de las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!» Preguntad a los millones de Antiguos Alumnos: —¿Por qué os ha amado siempre don Bosco? —¡Por la salvación de nuestras almas! «Da mihi animas, caetera tolle!» A los trescientos mil Cooperadores y Cooperatoras Salesianos, preguntadles también: —¿Para qué os ha congregado don Bosco en la Pía Unión? —¡Para la salvación de las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!»

Ahí tenéis, repito, la razón verdadera de todas y cada una de sus obras. «Ahí tenéis—diré con el Papa Pío XI (Discurso del 19 de marzo de 1929)—el secreto de su corazón, la fuerza, el ardor de su caridad: el amor por las almas; amor verdadero, por-

que era el reflejo de su amor hacia Nuestro Señor Jesucristo y porque él veía las mismas almas en el Pensamiento, en el Corazón, en la Sangre preciosa de Nuestro Señor; de tal modo, que no había sacrificio ni empresa que no se atreviera a afrontar para conquistar aquellas almas tan intensamente amadas.» ¡Y este es el secreto que nosotros queremos descubrir en esta hora de exaltación, para que su figura brille ante nosotros aun más pura, más refulgente, más santa, con la luz de toda su gloria!

\* \* \*

En el siglo XIX, hermanos míos amadísimos, había mucho que salvar en esta atormentada Europa, que, recién salida de la revolución francesa, se encontraba aún toda maltrecha, con sus heridas y sus llagas abiertas y purulentas, y con su sangre contaminada por el veneno fatal. Un hombre, Napoleón, había surgido con la pretensión de salvarla, pero, en cambio, «había pasado sembrando más terror que beneficio, provocando la admiración y el espanto, cubriendo su camino con huellas indudables de su grandeza enorme, de intuiciones rápidas, de audacias casi increíbles, pero cubriéndole también, desgraciadamente, de víctimas y de ruinas» (Discurso de S. S. Pío XI, el 20 de febrero de 1927). Y aquel hombre declinaba ya en el escollo de Santa Elena, cuando en el humilde caserío de Becchi veía la luz el pequeño Juan Bosco: ¡el elegido por la Providencia para «curar aquellas llagas... para reconstruir aquellas ruinas!» (Id.). Y formado para ello, con sencillez y sabiduría, en el concepto verdadero y sobrenatural de las cosas, en la justa valoración del alma humana; formado conforme a rectísimos criterios, asentados sobre esta grandísima verdad cristiana: —«Una sola cosa es necesaria: ¡salvar el alma!»

Ya desde su más tierna infancia encontramos las huellas de esta sabia formación, que, a partir del sueño revelador que tuvo a los nueve años, se hizo aun más nítida y luminosa. Es todavía un chicuelo y ya se le ve adiestrarse en mil juegos diversos, que luego le servirán para lanzarse entre otros compañeros y le ayudarán a encantarlos, atraerlos, conquistarlos, someterlos. Algunos hay un poco diablillos, demasiado traviosos. Su madre le prohíbe reunirse con ellos. Pero él suplica, insistente: «¡No me lo prohíbas, madre, que cuando estoy yo con ellos son mejores!» Y él es, en efecto, el dueño de la situación.

Miradle dejar sus juegos, subirse a un banquillo, hacer la señal de la Cruz y ved cómo todos le imitan; reza luego una oración y

todos la repiten; relata un ejemplo edificante, improvisa un sermón y todos le escuchan; entona un himno y le sigue un coro de voces argentinas; que el eco va repitiendo de colina en colina. No hace, pues, el malabarista o el prestidigitador por vana ostentación o por vulgar deseo de destacar, sino por hacer bien, por salvar las almas. Vedle a los once años, en Murialdo, un día de fiesta por la tarde, reprochando a los jóvenes y a los hombres en medio de un baile público: «¡Es hora de marcharse: el baile resulta ya peligroso!» Se esfuerza por convencerlos, pero ellos no le hacen caso. ¡Y entonces entona una canción, con aquella su bellísima voz argentina! Todos le rodean, atraídos por el sonido mágico de su voz. El baile, peligroso para el alma, se interrumpe, cesa, y cuando sus organizadores tratan nuevamente de volver a él, ofrecen dinero al niño para que no les moleste, pero el pequeño Juan lo rechaza: ¡son las almas lo que le interesa, no el dinero!

En Moncucco, el año 1825, encontrándose de criado en el caserío de Moglia, llegó incluso a conseguir que le cedieran la sala de la escuela municipal para entretener allí todos los días festivos a la juventud de la aldea, como en un verdadero Oratorio Festivo: ¡tan benéfica y providencial era a los ojos de todos su influencia sobre el ánimo de los jóvenes! En Chieri dejó memoria indeleble por la habilidad de sus recursos para lograr la salvación de las almas. A los pocos meses de haber iniciado sus estudios de segunda enseñanza, en el año 1831, fundó entre sus compañeros una sociedad: ¡La «Sociedad de la Alegría»!

Tal vez bajo este nombre os imaginéis una sociedad de estudiantes ociosos, que malgastan en caprichos el dinero destinado a la pensión o a los libros... Nada de eso, amadísimos hermanos. Leamos el reglamento confeccionado por él mismo; consta apenas de dos artículos:

1.º «El miembro de la Sociedad de la Alegría debe evitar toda palabra y toda acción que desdiga en un buen cristiano.»

2.º «¡Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos!»

¡Qué hermosa Sociedad de la Alegría, amadísimos hermanos! ¡Y con qué soberanía, plena y sencilla, reinaba entre aquellos jóvenes! Entretanto, el pequeño Juan continuaba preocupándose de salvar las almas, no de adquirir popularidad y fama. Y fruto de su celo en aquellos años, fué la conversión de un jovencito judío, llamado Jonás.

Si se encaminó por la vía del Sacerdocio, lo hizo sólo para mejor cumplir su sublime misión. Cierta día, siendo todavía un muchacho, le decía a su madre: «¡ Ah, si yo fuera sacerdote! Me acercaría a los niños, los llamaría a mi lado; me gustaría amarles y hacerme amar por ellos, hablarles de cosas buenas, darles prudentes consejos y consagrarme por entero a su eterna salvación.» ¡ Fué la suya una de las más generosas y puras vocaciones! No hubo en ella ninguna aspiración humana, ningún interés vulgar: ¡ se hizo sacerdote sólo para salvar almas! Si le hubiesen movido otros intereses, si hubiese anhelado bienestar y comodidades, no se hubiera lanzado, ciertamente, entre los arrapiezos abandonados por las calles y plazas de Turín, no se hubiera expuesto a las burlas y a las persecuciones, no se hubiera humillado a mendigar el pan de cada día. Pero había sentido la vocación con toda la grandeza de su holocausto, con toda la fuerza y altura sobrenatural de sus aspiraciones y de sus ideales. Lo mismo que a Jesús, también a él la gran multitud de las almas le había parecido un día como un inmenso tropel de *vexati et iacentes sicut oves non habentes pastorem* de atribulados, abandonados como ovejas sin pastor. Realmente, algunos pastores había entonces, pero eran pocos y no se hallaban preparados para atender a las nuevas necesidades de las almas; o, si a veces lo estaban, su acción era obstaculizada en todas partes por la propia autoridad, que les inmovilizaba en el ejercicio de su ministerio, mientras se vanagloriaba, al mismo tiempo, de proteger la religión. No es de extrañar, pues, que los jóvenes y los niños, sobre todo, se encontraran como aquellos «Párvulos» de que hablaba el Profeta: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis*: ¡ pedían pan—pan de vida y salvación—y no había quien se lo partiera! Don Bosco sintió compasión de tantas pobres almas: «*misertus est eis*». Sintió la súplica angustiosa de Jesús: *Rogate Dominum Messis ut mittat operarios in messen suam*: Rogad al Señor de la mies que envíe muchos obreros a su mies. Y acudió presuroso, y se consagró enteramente a la salvación de las almas, buscando y preparando con especial amor aquellas que Dios destinaba a ser los trabajadores de sus mieses. Porque en aquellos tiempos era realmente desolador el espectáculo que ofrecía la juventud, la cual, abandonada a los mil peligros de la calle, terminaba no pocas veces en la cárcel e incluso en el patíbulo. Y ello por múltiples causas, todas diferentes y penosísimas, pero casi siempre porque en el período crítico y delicado no tenía quien la sostuviese, quien la guiase, quien la levantara con mano experta hacia los ideales sublimes del Cristianismo.

Siendo aún don Bosco un joven sacerdote y con ocasión de acompañar al Beato Cafasso en su visita habitual a las prisiones de Turín, se le presentó la oportunidad de meditar sobre aquel desolador espectáculo, de estudiarlo, de descubrir sus causas y de comprender cuáles podían ser sus remedios eficaces. Máxime, teniendo en cuenta que no era un melancólico *laudator temporis acti* y que conocía lo suficiente el flujo y el reflujo de la historia para juzgar equivocadamente aquella situación como un estado moral pasajero y para no preocuparse de ella, por consiguiente. Bien al contrario, descubrió con absoluta claridad el problema e intuyó genialmente, o mejor aún, santamente, que la solución estaba en formar o reformar las conciencias, en sanar las almas, si se quería una sociedad sana, si se pretendía salvar a los pueblos y las naciones. Y mientras otros acudían a remedios insuficientes, cuando no perjudiciales, él, con la religión de Nuestro Señor Jesucristo, recurrió al único y verdadero remedio de tantos males: ¡a la salvación de las almas!

La primera ovejita sin pastor, sola y descarriada, se le presentó providencialmente el día 8 de diciembre de 1841, mientras se revestía, en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, para celebrar la Santa Misa: ¡era Bartolomé Garelli, de Asti, huérfano de padre y madre, que vagaba solo por Turín, a los dieciséis años, trabajando como peón de albañil! Desde un rincón de la sacristía, con los ojos brillantes y atentos, miraba al sacerdote, barajando allá en su mente quién sabe qué extraños pensamientos; pero, desde luego, completamente ajeno a cuanto estaba a punto de sucederle.

El sacristán le invitó a ayudar a Misa. «¡No sé!»—respondió el pobrecillo, abriendo más aún sus grandes ojos. «¡Cómo! ¿Que no sabes ayudar a Misa?—gruñó entonces el sacristán—, ¿y estás estorbando aquí en la sacristía?» Y sin demasiados cumplidos, lo despachó a la calle con ayuda de una escoba.

Aquella rápida escena dejó a don Bosco perplejo. Pero, apenas el sacristán hubo entrado de nuevo, le reprochó: «¿Qué ha hecho usted con ese muchacho?» Aquel, excitado aún por el incidente, murmuró que se trataba de un pilluelo mal educado que estaba allí estorbando en la sacristía y no sabía ni siquiera ayudar a Misa... Don Bosco le interrumpió y le ordenó que saliera otra vez a la calle en busca de aquel infeliz. Trabajo le costó hacerle volver; pero, al fin, don Bosco le tuvo a su lado, le hizo asistir a la Santa Misa y luego le interrogó afablemente acerca de su

edad y de su situación. No había hecho aún la Primera Comunión y no se atrevía tampoco a frecuentar con los demás el Catecismo por juzgarse ya demasiado mayor. Don Bosco se ofreció para explicárselo aparte; es más, después de rezar un «Ave María», comenzó inmediatamente la primera lección.

¡Este fué el origen de los Oratorios Festivos! ¡El Catecismo de Bartolomé Garelli!

Pero enseñar el Catecismo, amadísimos hermanos, no significa solamente ejercer la filantropía; significa algo más: ¡salvar las almas! Como Garelli, y aun en peores condiciones, había muchísimos jóvenes. Y cuando supieron que existía en Turín un sacerdote que deseaba su bien, que se ocupaba con mucho gusto de ellos, precisamente de ellos, los abandonados de todo el mundo, corrieron a él como en los años de la infancia corrían al lado de su madre, que entonces vivía aún y les tendía sus amorosos brazos. ¡Y don Bosco no se preocupó de buscar un local atrayente, ni de organizar diversiones excepcionales, ni de todo ese lujo de novedades que ahora parece indispensable—y tal vez lo sea—para hacer bien a la juventud!

Don Bosco se conformó con una habitación, después con un patio, luego con lugares más amplios, aunque siempre pobres, y más adelante hasta con un prado; pero lo que en todo momento atendió, lo que jamás quiso descuidar, fué el Catecismo: «la instrucción religiosa sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud», tal como le había sido inculcada en aquel sueño que tuvo a los nueve años. Y no disponía de iglesia, pero a Misa, a la Bendición, los llevaba siempre a cualquier iglesia, incluso a la Basílica de Superga, alegrando con un carácter deportivo lo que, para él especialmente, era un gran sacrificio.

Los hermosos locales las iglesias majestuosas y artísticas, las diversiones y los atractivos, fueron surgiendo luego, poco a poco, siempre maravillosamente adivinados, siempre geniales; pero como medios convenientes, e incluso necesarios más tarde, siempre asombrosamente actuales: ¡esta es la característica de toda su obra! La finalidad, sin embargo, fué siempre única, y la misma desde el primer instante: ¡salvar las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!»

Cuando vayáis a visitar un Oratorio Salesiano, no os contentéis con deteneros en medio del patio para contemplar aquel hormigueo de pequeñuelos y aquella multitud de jóvenes, cuyo ruidoso torbellino, en los columpios, en el tiovivo, en las carreras, en

los ejercicios gimnásticos, en cualquier clase de deporte; os en-sordece, os cautiva, os rejuvenece; no os contentéis con visitar las salas de billar, el teatro, el cine; visitad también las bibliotecas y las escuelas nocturnas y dominicales; ¡ visitad sobre todo la iglesia! En la iglesia está el Oratorio; todo lo demás, es para atraer hacia la iglesia, para hacer amar a la iglesia, para hacer que la piedad y la pureza florezcan en los corazones.

En la iglesia, durante la Misa u otras funciones sagradas, en los sermones, en el Catecismo, en el Confesionario, en la Mesa Eucarística, apreciaréis exactamente aquellos jóvenes y bendeciréis a don Bosco. ¡ Porque las paredes de la iglesia, respondiendo a las plegarias de aquellos muchachos, os cantarán los triunfos de sus bellas almas; porque en torno al altar los Angeles tejerán guirnaldas de flores inmortales para ceñirles la frente el día de la victoria final!

Y del Oratorio pasemos a los hospicios, a las escuelas profesionales para obreros. El obrero había salido de la revolución francesa, sobre todo, con la conciencia exaltada hasta la deformación. Presentía con soberbia derechos desconocidos y pisoteados, pero perdía el sentido de la medida, de la justicia; ¡ y—esto sí que era fatal—se materializaba horriblemente! Don Bosco, después de verla, estudiarla y comprenderla, se acercó al alma del obrero con su alma de sacerdote, para elevarle, para ennoblecerle, para salvarle. Pero se acercó al alma y no a la fantasía ni a la cabeza exaltada. Mejoró el alma y con ello mejoró al obrero económica y socialmente; ¡ salvó el alma y con ella lo salvó todo!

¿ Y su primer hospicio? Una choza, carente de mil cosas; ¡ pero con un Crucifijo, con un cuadro de la Virgen, con un pequeño altar! ¡ Y con el Catecismo, y la Historia Sagrada, y las oraciones de mañana y tarde, y la Santa Misa, y los Sacramentos, y el corazón sacerdotal de don Bosco! Sin herramienta, sin maquinaria: ¡ paciencia! ¡ Habrá que encontrar trabajo en la ciudad, a las órdenes de gente buena, hasta que no se cuente con lo necesario; pero para el alma hay de todo, no falta nada para poder salvarla!

¿ Y los estudiantes? También frecuentarán en la ciudad la escuela pública, porque don Bosco aún no tiene maestros y se ve obligado a mendigar para poder adquirir los libros de texto; pero su alma tiene de todo en la choza de don Bosco: ¡ incluso la interpretación y purificación de los libros escolares, a fin de que el paganismo no encuentre en los corazones el menor arraigo! Más

tarde surgirán los locales, los talleres, los laboratorios, y las escuelas competirán con las públicas y proporcionarán a los jóvenes de buena voluntad no solamente un pan honrado, sino también una envidiable posición social. Y florecerán Domingo Savio, Besucco, Magone y otros muchos : ¿por qué? Porque sus almas son el objeto principal de los más tiernos cuidados, de las atenciones solícitas y continuas, de las mil delicadezas del corazón de don Bosco.

Las exigencias intelectuales y profesionales las satisfará poco a poco, en proporción a la ayuda que las personas de bien le irán prestando ; pero las necesidades del alma las atenderá inmediatamente y con todos los medios imaginables. El solo se basta—¡ admirable ejemplo !—para atenderlo todo en este terreno, porque se había preparado para bastar.

Así lo comprendieron sus muchachos y se esmeraron por corresponderle en la medida de sus posibilidades. Sintieron que en él estaba la salvación de sus almas ; y muchos ya no supieron ni quisieron separarse nunca de él.

Don Bosco, que también en esto vió los designios de la Providencia, dió por ello gracias al Señor y fundó la Pía Sociedad Salesiana, aprobada luego definitivamente por la Santa Sede, en el año 1869. Pero ¿por qué razón la fundó? Por asegurar a sus miembros una mayor gloria en el Paraíso ; por lograr nuevos apóstoles para la salvación de las almas.

Baste recordar, para demostrarlo, el primer artículo de sus Reglas y Constituciones : «El fin de la Sociedad Salesiana es que sus socios, mientras se esfuerzan por alcanzar la perfección cristiana, ejerciten toda suerte de obras de caridad, espiritual y corporal, con los jóvenes y especialmente con los más pobres.» En el artículo tercero enumera estas obras de caridad, y el apartado quinto las abarca todas : «Cuantas obras tengan por objeto, en definitiva, la salvación de la juventud.»

¿No sentís el eco, amadísimos hermanos, de aquella famosa frase : «Da mihi animas, caetera tolle»? Fué también esta misma la razón por la que él, que en un principio no pensaba en la juventud femenina, se decidió a fundar en 1871 el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, para que, animadas del mismo espíritu, trabajasen en el campo femenino por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. En el breve discurso alusivo al acto, que pronunció con motivo de la toma de hábito de la primera promoción, dijo, entre otras cosas : «Vosotras os haréis San-

tas y, con el tiempo, podréis hacer bien a muchas otras... Armaos de valor y consolaos... el mundo está lleno de asechanzas; no es posible dar un paso sin encontrar algún peligro; pero, si vivís según vuestra condición, lo atravesaréis incólumes y podréis hacer un gran beneficio a vuestras almas y a las de vuestros prójimos.» Con estas palabras precisó don Bosco la razón de ser del nuevo Instituto, la verdadera finalidad de su fundación: ¡la salvación de las almas! «Da mihi animas, caetera tolle!»

Pero pasemos a la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, definitivamente organizada en el año 1876 y que muchos no conocen bien todavía. Desde 1850, don Bosco había acariciado la idea de fundir en una Pía Unión a los diversos colaboradores que de diferentes modos le prestaban ayuda en sus Oratorios, para hacerlos así partícipes de los beneficios espirituales.

Y concibió la cosa no de una manera limitada y particular, sino general, universal como la Iglesia misma, hasta el punto de profetizar: «Tiempo vendrá en que el nombre de Cooperador Salesiano querrá decir Verdadero Cristiano.» Porque el objeto de la Unión ideada por don Bosco es que «los Cooperadores sean otros brazos que, movidos por los Obispos y los párrocos, colaboren al bien de la Iglesia Universal y en particular al de las respectivas diócesis.»

«Es un hecho indudable—observa él—que los hombres que no viven en el seno de la Iglesia se asocian para la difusión de la mala prensa, para propagar malas consignas por el mundo; que se asocian para difundir una educación errónea y sembrar falsos principios entre la incauta juventud; y que lo consiguen maravillosamente. Y los católicos—gritaba—, ¿habrán de permanecer inactivos, separados unos de otros, de modo que sus obras se vean paralizadas por los malos? No, eso no sucederá de aquí en adelante.»

«Cualquier persona—explicaba luego—, aun viviendo en el siglo, en su propia casa, en el seno de su propia familia, puede pertenecer a esta Sociedad nuestra. No necesita hacer ningún voto; pero procurará poner en práctica aquella parte del reglamento que sea compatible con su edad, estado y condición, como lo sería el hacer u organizar catecismos para niños pobres, interesarse por la difusión de los buenos libros, trabajar por la celebración de triduos, novenas, ejercicios espirituales y otras obras de caridad.» Hermanos míos amadísimos: ¿qué significa esto sino compromete-

ter a todo el mundo en la tarea decisiva de la propia salvación y de la de otras almas? «Da mihi animas, caetera tolle!»...

Y la unión de los Antiguos Alumnos, organizada más tarde, ¿no nació, sin embargo, de su gran corazón, que los había unido a sí y continuó luego inflamándolos en santo celo por la salvación de sus almas?

¡Y no hablemos siquiera de las Misiones católicas, que son por excelencia obra de salvación de almas!

Todas las instituciones de don Bosco tienen la finalidad de salvar las almas y forman todas juntas—volviendo a la comparación de Su Eminencia el Cardenal Maffi—el oasis maravilloso donde alienta la vida espiritual que asegura la gloria de Dios y la salvación de las almas. Todas cantan el anhelo continuo de don Bosco: «Da mihi animas, caetera tolle!» Y si nosotros vemos que el Señor le ha dado también todo lo demás, es porque tenía que mantener su solemne promesa: «Quaerite primum regnum Dei et iustitiam ejus et haec omnia adiicientur vobis.»

¡Pero don Bosco buscó siempre las almas, únicamente! Dispuesto a todo, «incluso a quitarse el sombrero ante el demonio, con tal de obtener permiso para salvar un alma.» Sin permitirse nunca un momento de reposo: «Ya descansaremos en el Paraíso.» «Mientras el demonio continúe trabajando por la perdición de las almas, yo no podré descansar»—solía responder a quienes, viéndole agotado por la fatiga, hubieran deseado que no se excediera tanto en su tarea. Y no descansaba ni siquiera durante la noche, que muchas veces pasaba en vela, redactando esos folletos y libros que ha diseminado por el mundo a fin de impedir la desgracia de las almas y de procurar su salvación.

¡Fué también el Apóstol de la Confesión! Confesaba siempre, dondequiera y a cualquier hora. Insistía con sus muchachos para que, incluso de noche, fuesen a despertarle, con tal de no permanecer ni un solo instante con el alma en pecado y de no correr el riesgo de perderse eternamente por muerte repentina. Cuando viajaba, le hubiérais visto muchas veces en el pescante, a fin de impedir las blasfemias del cochero y de prepararle para una buena Confesión. ¡Y al borde de un camino o en medio de un prado, lo mismo que en la sacristía de María Auxiliadora y en las cárceles, confesaba, absolvía, salvaba!

«¿Quieres ser amigo de don Bosco?»—preguntaba a los jóvenes que entraban por primera vez en el Oratorio; y, luego de

recibir una respuesta afirmativa, añadía : «Pero ¿sabes lo que quiere decir ser amigo de don Bosco?... ¡Pues quiere decir que me tienes que ayudar a salvar tu alma!» Y lo repetía casi diariamente, bien al uno, bien al otro, y les aconsejaba insistentemente que no se acostaran nunca por la noche sin rezar tres avemarías, precedidas de esta invocación : «¡Madre querida, Virgen María, haced que salve el alma mía!» Y cuando más tarde los encontraba, ya como Antiguos Alumnos, convertidos en empleados u hombres de carrera, después de los primeros saludos, entraba siempre en la cuestión capital : «En otros tiempos tú eras bueno ... ¿lo eres todavía? ¿Has cumplido con el precepto pascual?... ¿Hace mucho que no te confiesas?»

No acabaríamos nunca si quisiéramos seguir refiriendo estos detalles, porque la vida de don Bosco está llena de todas estas preocupaciones, de todas esas mil habilidades, de ese santo y extraordinario celo. Recordaré solamente que, contestando un día a la felicitación de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, con motivo de su cumpleaños, después de haberles dado las gracias y de haberles alentado en su vocación, concluyó con emoción profunda : «Me proporcionaréis la mayor satisfacción del mundo si me ayudáis a salvar vuestras almas.»

En el año 1880 se encontró cierto día con un albañil que, al resbalar delante de la iglesia de Santo Domingo, estuvo en peligro de lesionarse. Don Bosco evitó el percance, sosteniéndole. El obrero le dió las gracias, diciendo : «¡ Ah, si no fuese por usted, me hubiera caído al suelo!» Y don Bosco replicó : «¡ Ojalá pudiera sostenerle también para impedirle de caer en el infierno!» Pero lo dijo en buena hora : aquel obrero no se sintió tranquilo hasta que no se hubo confesado con don Bosco.

Como reformador de la pedagogía, adoptó el sistema preventivo «para poner a los jóvenes en la imposibilidad moral de cometer el pecado.» ¡Y el alma de sus jóvenes le preocupaba de día y de noche, transportándole a aquellos sueños y aquellas visiones iluminadas por la luz divina que le revelaba los secretos de los corazones ! *Da mihi animas.* ¡Y el Señor se las dió a millares y a millones, porque don Bosco sólo se preocupaba, en realidad, de su salvación !

Hermanos míos amadísimos : *Nonne iste est qui ante Deum magnas virtutes operatus est?* ¿No tenemos delante a un Santo, realmente, que, según el juicio divino de la Iglesia y la evidencia

de cuantos conocen su vida un poco profundamente, ha realizado obras grandiosas para gloria de Dios y salvación de las almas? ¡Esas obras que merecen, más que el aplauso y la admiración de los hombres, la aprobación de Dios y la gloria de los Altares! ¡Sí, amadísimos hermanos! ¡Por eso brilla hoy ante nosotros sobre el altar de Dios, con la gloria de los Santos! ¡Y por eso le exalta la Iglesia! ¡Y por eso vibra de júbilo todo el mundo cristiano! *De omni corde suo laudavit ininum!* Ha dado gloria a Dios con todo su corazón: ¡con el secreto perfume de sus virtudes, con la dulzura y el fervor de su piedad, con una actividad prodigiosa, con maravillosas instituciones!

¡Gloria a Dios y salvación a las almas! ¡Para esto ha vivido, por esto ha sufrido, por esto se ha inmolado alegremente, día por día, hora por hora, con una continua sonrisa en los ojos, con un ardor juvenil en su corazón! ¡Por eso Dios le ha glorificado, elevándole a los altares, con el esplendor de su canonización, para irradiar desde allí eternamente su divina luz!

¡Nosotros, comovidos y entusiasmados, le contemplamos vibrantes de gozo! ¡Y vemos su rostro aureolado con la luz de los Santos, sonriendo dulcemente, humildemente, lo mismo que en otros tiempos, cuando pasaba por entre nosotros como uno cualquiera de nosotros: sus labios se entreabren, y un suspiro de su corazón se transforma sobre ellos en plegaria, en su antigua plegaria, en su plegaria: *Da mihi animas, caetera tolle!*

FIN

## INDICE

	Págs.
PRIMER DIA	
<i>Bajo la luz de la Fe</i> ... ..	5
SEGUNDO DIA	
<i>El fervor de su piedad</i> ... ..	29
TERCER DIA	
<i>Por el camino de la perfección</i> ... ..	35
PANEGIRICO	
<i>El Apóstol Santo</i> ... ..	49

D. M. A. C. T.

